



ELOGIO DE LOS OFICIOS



elogio de los oficines

C0
868.4207
C355e
E1.3
|| CARLOS CASTRO SAAVEDRA

ELOGIO DE LOS OFICIOS

FOTOGRAFIAS: PABLO GUERRERO

CARATULA: PILAR POSADA M.

SENA

TERCERA EDICION

ESTOCOS DE CILIOS

Publicación patrocinada por el
Servicio Nacional de Aprendizaje

SENA

Derechos reservados.

A TODOS LOS OBREROS

*Pero especialmente a los que inician
el aprendizaje de un Oficio.*

APRENDIZ FUE LA LUZ

Antes de entrar al mundo

y coronar los montes

y las cabezas de los bueyes.

*Aprendiz, igualmente, fue el río
en sus comienzos:*

los pintores

E REFIERO a los obreros de la pintura, a los hombres que tienden los colores, como delgadas mantas aceitosas, sobre las puertas y las ventanas de las casas. Pintores de brocha gorda les dice la gente, y la verdad es que esta expresión es un poco injusta y despectiva. Sería preferible que se les llamase pintores, simplemente, tal como se llama a los que pintan cuadros, no siempre con el mismo amor y sabiduría con que trabaja el pueblo. Pero lo que importa, esencialmente, es destacar el hecho de que unos y otros son hermanos, pertenecen a la misma familia humana y merecen igual admiración y respeto. El artesano vale tanto como el artista y viceversa. Ambos son necesarios. Ambos levantan los colores para cerrar el paso a la muerte y alegrar la existencia. Ambos forman parte de las brigadas que construyen el mundo y cubren su desnudez con un traje de fiesta.

Los obreros de la pintura comienzan a realizar su faena desde la infancia, en la escuela rural, sombreada por un árbol, o en la escuelita de suburbio, tiznada por el humo de las ciudades industriales. Dibujan casas en los cuadernos, con la ingenuidad y la gracia propias de los niños, y después las pintan de rojo, o de verde, o de azul, hasta gastar los lápices y sentir en la punta de los dedos un poquito de ardor y de impotencia. Con el paso de los años la vida los obliga a ganarse el pan diario, y es entonces cuando comienzan a escalar paredes y a pintar puertas y ventanas, no ya con barritas frágiles, sino con brochas gruesas y con pinceles resistentes. Los días crecen con estos hijos del pueblo y suben con ellos por las escaleras hasta donde terminan las construcciones de la tierra y comienzan las moradas del cielo.

Cuánta ternura en la faena de los pintores! Cuánta eficacia en sus manos y cuánta belleza en la huella que dejan, ya sea amarilla, del color de las naranjas maduras, o de plata, como las escamas de los peces. Cuando encalan, parece que acarician los muros desde el suelo hasta el techo, y, cuando pintan, dan la impresión de que besan la madera con los pinceles y a la vez la perfuman y engalanan. La sombra cede el paso a la luz bajo la mano iluminada, y el color se persigue a sí mismo hasta encontrarse todo e imponer su unidad y su brillo. Cantan o silban mientras realizan su tarea, y parece que hay un poco de magia en sus movimientos, porque estos devuelven la juventud a las casas más viejas y al mismo tiempo al ojo



Saben mezclar los colores con el aceite y buscar el tono que más conviene a determinado propósito. Saben escoger los tarros de lata más apropiados para este tipo de mezclas, y convivir con ellos en la cima de la escalera, sin humillarlos ni derramar su contenido. Saben muchas cosas menores y maravillosas, tales como no ufanarse de la maestría con que realizan su trabajo, y no ignoran que el pan de sus mesas es honrado y puede reposar sobre la blancura de los manteles, sin oscurecerla ni mancharla.

Las camisas de los pintores del pueblo, nevadas en un principio, se vuelven multicolores con el paso de las semanas y las briznas de pintura que van quedando en ellas. Sobre los remiendos saltan gotas lilas, cobrizas y granates. Sobre toda la tela, gastada por el sudor y aún por el peso de los botones y las costuras, caen pequeñas plumas grises y doradas, y es así como las camisas, a la postre, parecen pedazos de una bandera universal. Universales, también, son estos pintores, porque es posible encontrarlos en todo el mundo, con sus pinceladas largas y acariciadoras, con sus brochazos rudos y valientes y coronados por el arco iris y la gracia de Dios.

Antes de pintar, cepillan la madera con pañuelos ásperos, la pulen y la limpian, la redimen y santifican, la preparan en suma, para recibir la comunión de los colores. Estos cantan después sobre las tablas lisas, sobre las puertas y ventanas olorosas a bosque y, finalmente, cubren la desnudez y en ella dejan un testimonio fragante y juvenil, que el aire seca, que el viento consolida, y que tiene la virtud de alegrar

los ojos de los hombres. Las casas que reciben los beneficios de la pintura, parecen amapolas que se abren, si es rojo el color escogido por los pintores, o piñas que se maduran, si acaso es amarillo el tono que utilizan. Allí, en esas casas, la vida está presente y se tiene la certidumbre de que van a ser habitadas por el futuro, el cual se agolpa en las puertas y espera que se le brinde la oportunidad de entrar, cargado de semillas y de niños.

Si estas líneas pudiesen caminar como seres humanos, ahora mismo, en este instante, se desprenderían del papel y comenzarían a recorrer el mundo, de uno a otro extremo, y a dejar en el polvo de los caminos y en los muros de las ciudades, un saludo para todos los pintores del pueblo. Las palabras estrecharían las manos de estos obreros, y, en torno de su faena cotidiana, se agruparían los puntos y las comas, como seres también, a expresar sentimientos de admiración y gratitud.

Pintores de alma simple, de corazón elemental y de manos activas: perteneceis a la familia de los paisajes y a través de vosotros los colores de la naturaleza llegan a la casa del hombre a convivir con él, a reflejarse en su frente y a encender sus miradas.

los periodistas

SON HERMOSAS las máquinas donde se hacen los periódicos, y todos los días son más eficaces. En forma casi milagrosa agrupan las palabras en el papel y las multiplican tercamente. Las rotativas cantan, y los periódicos, ya impresos, brotan de las bocas de hierro e inundan las plataformas y las manos de los operarios. El olor de la tinta, fresca todavía, se confunde en las calles con el olor del pan, recién sacado de los hornos. De verdad es muy bello este trabajo y sorprende la forma como la técnica lo ha simplificado y convertido en faena casi fabulosa. Sin embargo, el periodismo es algo más que todo esto, porque su contenido esencial no es cosa que puedan dar las máquinas, sino los hombres, los periodistas, justamente. De nada serviría un montaje perfecto, técnica y mecánicamente hablando, para efectos de hacer un periódico, si a la vez no se cuenta con un

espíritu creador, con una conciencia universal, con un poderoso impulso de la sangre. Sin fundamento humano, sin corazón y sin inteligencia, las máquinas serían solo máquinas, condenadas a devorar papel, solo papel, y a hacer un ruido fúnebre en medio de la noche.

No ignora el verdadero periodista, que su trabajo es el que mayores oportunidades brinda al hombre, para hacerse presente, a mañana y tarde, en un mundo en que el hombre, justamente, sufre tantas derrotas, exilios y fracasos, frente a la técnica, frente a las ideologías que se disputan el dominio del cielo y de la tierra, frente a las posibilidades de una guerra atómica, frente a las injusticias sociales, frente a la demencia y voracidad de los millones. He aquí lo que comprende el periodista verdadero, con plena conciencia de su responsabilidad, ante tantas amenazas y frustraciones. He aquí lo que comprende: que debe solidarizarse con la causa de la familia humana, antes que con cualquiera otra causa. Que debe compartir los sufrimientos y las alegrías de todos los pueblos, sin tener en cuenta los requerimientos de ningún sectarismo. Que su salario, por grande que sea, o llegue a ser, será siempre inferior a su devoción por la libertad y la independencia de su espíritu. Que debe devolver a las palabras su contenido humano y dar a los acontecimientos locales, hasta donde sea posible, categoría universal. Muchas más cosas sabe el periodista verdadero y reconoce sin dificultad: que en el periódico se debe reflejar el mundo, tal como es, y no como conviene a determinados intereses. Que la patria suspira por renacer todos los días en las páginas de los diarios, y ofrecer a sus hi-

jos, con gesto maternal, la totalidad de sus frutos y de sus esperanzas.

El periodismo puede y debe ser aglutinante, sobre todo cuando el país donde se produce está en crisis, y es evidente que la descomposición agrieta los espíritus y marchita los símbolos de la nacionalidad. Los titulares pueden y deben congregar, las noticias, los editoriales y aun las letras más humildes: aquellas que aparecen borrosas en las páginas y obligan al lector devorarlas con paciencia. Se restaura la vida y se recobra el equilibrio, dando a los hombres, diariamente, una imagen de sí mismos, una oportunidad de reconocerse, en medio del dolor y de la desesperanza. Dispone el periodista de muchos recursos para expresar el infiernito de la patria, y a la vez someterlo. El periódico llega a muchas manos fatigadas, y lo menos que debe hacer es no cansarlas más. Llega también a muchos ojos tristes, y su más elemental obligación es no aumentarles la tristeza. Miles de heridas, en la ciudad y el campo, necesitan palabras blancas, semejantes al algodón y escritas por periodistas inmaculados, para cerrar el paso a la sangre y contrariar el gesto de la muerte.

Si es el mundo el que sufre y no encuentra los cauces históricos que más convienen a la familia humana, y siembra torpemente, y recoge frutos oscuros, es obvio que el periodismo tiene que multiplicar sus esfuerzos, acudir a todos los recursos de su imaginación y su capacidad creadora, para interpretar el caos reinante, para evitar que la desesperación se apodere de los espíritus, para sugerir soluciones universales, para proponer fórmulas humanas, para devol-

ver al hombre la confianza en sí mismo y en todo cuanto lo rodea, y convencer a los soldados y aun a los fusiles, de que el plomo es mala semilla, porque produce muertos, cruces a lado y lado del camino, y un deseo infinito de abandonar la tierra.

Se habla a menudo de periodistas ágiles y se quiere significar con ello que tales periodistas son activos y se mueven con naturalidad en su faena diaria. Ciertamente son buenos periodistas, pero que con frecuencia caen en la rutina, en el automatismo, en el gesto mecánico, y olvidan su naturaleza humana, su inventiva, su obligación de pertenecer a la esencia del mundo, en forma entrañable, para poderse dar en la medida en que la tierra es ancha y reproducir en los periódicos una imagen total de la existencia, sin menoscabo de la claridad, la concisión y el sentido de las proporciones. Completos son los periodistas, cuando su agilidad es solo un instrumento, casi material, para facilitar las realizaciones fundamentales.

Del auténtico periodista se ocupan estas líneas. Del que sabe teclar una máquina de escribir y tratar las noticias sabiamente, sin marchitarlas. Del que conoce el linotipo en sus más íntimos detalles, y no ignora que los mineros, al salir de la mina, sienten que resucitan y recobran el cielo. Del que arma y desarma las páginas con pericia y originalidad, y al mismo tiempo siente las multiplicaciones de los regimientos y el infortunio de las ciudades bombardeadas. Del que se ocupa de la buena presentación de los anuncios, y además se interesa por la suerte de las naves interplanetarias y la música que los organilleros hacen en las calles. De

este periodista rápido y objetivo, pero a la vez cálido y humano, la época atormentada que vivimos espera muchos beneficios, mucha influencia saludable, muchos motivos de recuperación y de esperanza.

Se trata de embellecer y humanizar el mundo, de hacer la vida más amable, de reducir las posibilidades de la anarquía y la violencia, de consagrarse la honestidad y devolver al espíritu su plenitud y su soberanía. Cosas menores, tales como la polémica suburbana, el chisme político de la parroquia, la vulgaridad y el mal gusto, no cuentan en la faena del verdadero periodista. Este transforma y ennoblecen la crónica menuda, sin arrebatarle su sabor aldeano —el que de verdad representa a la aldea— y humildemente trata de que todos sus actos tengan un signo de grandeza.

De papel y de tinta es el cielo de los periodistas. Depende de ellos que en las páginas de los periódicos —en su cielo—, todos los días haya sol y luz para las aves y los hombres.

las costureras

EN PUEBLOS y ciudades del mundo, hasta muy avanzada la noche, se ven pequeñas ventanas iluminadas, tras de las cuales las máquinas de coser hacen su trabajo, gobernadas por mujeres pobres, por mujeres del pueblo, cuyas manos son hábiles en estos menesteres, además de ser sabias en las tareas del amor maternal.

No alcanza el día a las costureras para cumplir con las obligaciones hogareñas, y a la vez con los deberes propios de su oficio. Es por ello que no interrumpen su trabajo cuando llega la noche y los árboles se ocultan en la sombra, para fabricar, sin testigos, sus frutos y sus flores. En medio del silencio nocturno se escucha el ruido de las máquinas de coser y casi se oye el paso de la sangre por las venas de las costureras. Estas se inclinan tercamente sobre la costura, sobre el hilo y sus pasos diminutos, sobre las agujas que lo sepultan en las telas, y, finalmen-

te, sobre los vestidos nuevos y su olor de domingo.

No trabajan las costureras hasta tarde, solo por capricho. Lo hacen por necesidad, porque tienen que completar el pan de la familia, cuando el esfuerzo de los varones no alcanza a cubrir todas las necesidades, o cuando el desamparo absoluto las obliga a ello. Además las impulsa el deseo de realizarse y de ser útiles a la comunidad, aunque tal deseo sea en ellas, en algunos casos, algo confuso e indeterminable. Tras de las máquinas de coser, como tras de una trinchera rumorosa, resisten los ataques de la pobreza, cierran el paso al infortunio y contradicen las tentativas de la muerte.

Todo el día y buena parte de la noche (muchas veces hasta el amanecer), las costureras hacen su oficio. Son valientes y humildes. Con las puntas de las pestañas se defienden del sueño que amenaza con doblarlas sobre las máquinas, en medio del trabajo nocturno. Nunca solicitan aplausos para su valor y su consagración, ni se quejan de la indiferencia con que se les mira casi siempre. En silencio acarician los botones, antes de unirlos a la tela, como estrellas o gotas de rocío. Anónimamente avanzan con el hilo, y, si este se enreda, por una u otra causa, no lo abandonan en la ruta. Se detienen con él, le devuelven la libertad y lo llevan hasta los nudos que coronan el viaje.

El trabajo de las costureras no es fruto de la improvisación ni del milagro. Aprenden a coser lentamente y a través de muchos sacrificios



ras, con los dedales, con las puntadas y los metros, con el manejo de las máquinas y hasta con el silencio de las mismas, que es casi humano y hace pensar en la muerte de los vestidos. Después viene la práctica y los pequeños talleres de las costureras empiezan a sonar victoriósamente y a inundarse con la espuma de los encajes.

Cosen la ropa de las niñas, que es un poco más grande que la ropa de las muñecas. Cosen los trajes de las muchachas casaderas y los adornan con trocitos de vidrio y botones dorados. Cosen las blusas y las faldas de las mujeres que van a ser madres, y lo hacen sin ahorrar tela, con generosidad y con ternura. Cosen el luto de las viudas y de las viejas, y, a unas y a otras, las visten simplemente, tal como lo exige la tristeza, para que vayan a llevar flores a sus muertos.

Las etaminas que más convienen al verano y al viento, pasan por las manos de las costureras, antes de ceñir el talle de las mujeres jóvenes, y otro tanto ocurre a las telas que se agrupan en las procesiones de semana santa, antes de cubrir los cuerpos inclinados por el peso de las oraciones. El trabajo de las costureras está presente en todas partes: en las calles y plazas de los pueblos, el día domingo especialmente, y donde quiera que la vida propone soluciones jubilosas y el cielo estrena sol y cometas azules.

Costureras del pueblo! Sudan como los hombres que trabajan en las minas, o como los que cortan y pulen la madera, para hacer a los muertos su vestido profundo. Costureras del pueblo! Parece que estuvieran cosiendo una bandera, del

tamaño del mundo, para guardar en ella, en sus pliegues inmensos, las esperanzas y los sueños de la familia humana. Costureras del pueblo! Abren pequeños surcos, con la aguja, en las telas, para sembrar el hilo, el hilo blanco sobre todo, y aumentar la blancura de los lechos y del amanecer.

Cosen de día y por la noche. Sentadas, agachadas, accionan los pedales y forman con las máquinas un solo cuerpo sonoro, una sola fuerza vibrante. El dinero que reciben por el trabajo que realizan, se convierte en sal sobre la mesa del comedor, en sopa y azafrán para la misma, en aceite para las lámparas, en juguetes para los niños, cuando llega diciembre, en frazadas que obligan al invierno a deponer sus armas frías, y en armarios de cedro.

Son las costureras quienes con mayor propiedad pueden decir que prolongan el hilo de la vida y lo llevan muy lejos, diariamente, a través de las telas y los ojos de las agujas.

las relaciones públicas

ES BELLO y necesario, y más en esta época atormentada que vivimos, todo cuanto se haga para acercar a los hombres y derribar los muros que separan a los países y a los pueblos. Los puentes que se tienden sobre los ríos, lo mismo que las manos que se estrechan en los caminos y las fiestas, están cumpliendo con una misión generosa, cual es la de aglutinar a la familia humana, y a la vez están llenando el mundo de hermosura y restaurando la esperanza.

Las personas encargadas de hacer las relaciones públicas en las empresas oficiales y particulares, tienen ante sí una magnífica oportunidad para realizarse, y, de paso, servir a los semejantes y fortalecer la solidaridad humana. Los que de verdad conocen la naturaleza de su oficio, y ponen en él, además del gesto rutinario, parte del corazón, pueden hacer mucho por la paz de la aldea. nor el equilibrio de la

y aún por la armonía universal. Los frutos de las relaciones públicas deben desbordar los intereses de las empresas que las patrocinan e incorporarse a la totalidad de la vida: al pan que los panaderos amasan todas las mañanas y al hombre más humilde, al calor que agrieta los montes en el verano y al niño que construye con arena su primera morada. El trabajo a que me estoy refiriendo debe realizarse con un criterio amplio, dentro del cual quepan, cómodamente, todas las aspiraciones de la patria y todos los sueños de los hombres.

Las relaciones públicas, mal entendidas a menudo y vistas como actividad ornamental en muchas ocasiones, son un camino hacia los seres que vemos en las calles diariamente, abrumados por la soledad y la ignorancia. Por este camino se puede llegar a muchos hombres y, una vez junto a ellos, brindarles un poco de compañía, lo mismo que dos o tres palabras, a través de las cuales puedan empezar a entender y a amar el mundo. Hasta los episodios menores, dentro de las relaciones públicas, pueden y deben colmarse de ternura, de intenciones universales y acentos perdurables. La llamada telefónica, por ejemplo, tan frecuente, tan cotidiana y automática, podría servir, si se hiciese humanamente, cálidamente, de semilla en el corazón de alguien, de raíz y principio de una amistad o un árbol. Y lo mismo el anuncio radial o el que aparece en el periódico. Ambos podrían ser más nobles sin dejar de ser eficaces, a condición de que fuesen planeados con un poco de fervor humano, escritos con más alma y con menos codicia, y ofrecidos al público con un gesto cordial y generoso, capaz de despertar, al menos, una fi-

bra del espíritu colectivo. Se trata de aprovechar todos los instrumentos y recursos que se tienen al alcance de la mano, para elevar los sentimientos de solidaridad y ennoblecer la vida, la cual, como los ríos, necesita cauces profundos y anchos al mismo tiempo, para poder expresarse caudalosamente, pero sin romper su unidad ni hacer daño a su música.

Las relaciones públicas, como estas mismas palabras lo indican, tienen por objeto emparejar y reunir. Quienes trabajan a conciencia en este campo, saben que su misión es la de incorporarse al organismo social, con las empresas e instituciones que representan, y a la vez sentir que la sociedad se suma a ellos, en medio de acciones recíprocas, cuyos frutos son los mismos de la unidad y el perfecto ensamblaje.

Hace relaciones públicas, de verdad, quien entiende, en principio, que toda la existencia es un sistema de vasos comunicantes, y que no es posible vivir aisladamente, sin correr el riesgo de la frustración y la amargura. El primer paso que se da hacia la calle, hacia los otros seres, en la infancia, es el principio de las relaciones públicas, y el último paso, aquel que se da hacia la tumba, al final de la vida, es el comienzo de unas relaciones profundas con el trigo, con Dios y las estrellas que lo escoltan con sus lanzas de oro.

El verdadero hacedor de relaciones públicas no ignora que lo que menos importa dentro de su campo de acción, son las fórmulas convencionales, y que lo que cuenta esencialmente es el factor humano, el hombre que se oculta tras de su propio rostro y que hay que descubrir, sin

herirlo ni avergonzarlo, más que para fines utilitarios de una u otra índole, para la integración de la familia humana.

El solitario espera una respuesta que le pueden brindar todos los encargados de las relaciones públicas, sin detrimento de los intereses que representan. Basta con un poco de imaginación para embellecer los anuncios, de tal manera que de ellos se desprendan sugerencias eternas, luces que consagren los valores humanos. No se trata, simplemente, de acreditar los productos de una fábrica o las particularidades de una gestión administrativa. Se trata, además de esto, de establecer alianzas perdurables entre los hombres y las empresas de diversa índole que representan el progreso y la iniciativa de la nación, del pueblo que hace el pan, la historia y los caminos. Hay que aprovechar todas las oportunidades que se presentan dentro de la realización de este trabajo aglutinante, para aglutinar, justamente, valiéndose para ello de palabras y gestos, de dibujos profundos, que tengan algo de naturaleza, y que por tal razón su sola presencia sea capaz de convocar y redimir.

Hasta el sol que atraviesa los ventanales de las oficinas y abre sus flores amarillas sobre los escritorios, interviene saludablemente en la siembra y cultivo de las relaciones públicas, siempre y cuando se le mire con un gesto amistoso y en él se depositen ardientes esperanzas.

El auténtico forjador de relaciones públicas, llama a todas las puertas sin hacer daño a

drillos agrupan su fuerza rectangular y elevan hasta cerca de las nubes las agujas de las catedrales. En su mesa de trabajo se refleja un poco el mundo, y en los papeles que firma deposita parte de su vida, de su deseo de servir a las vidas ajena, tendiendo entre ellas un hilo invisible e innumerable, a través del cual puedan reconocerse y responder a los mismos estímulos universales. Ningún oficio como el del que hace relaciones públicas, tan propicio para el fomento de las aspiraciones populares y para la concreción de las mismas.

Relaciones públicas hace el viento cuando sacude los bosques e invita a los árboles a perfumar el mundo y a bailar con sus propias ramas florecidas. Relaciones públicas hacen los pájaros que cruzan por el cielo y dejan tras sus alas una huella de música. Y acaso el curso de los ríos, desde su origen hasta el mar, no es un medio de que dispone la naturaleza para unir las montañas y los barcos y establecer relaciones entre los labriegos y los marinos? Todas las manifestaciones de la vida, hasta las más pobres y anónimas, aspiran a comunicarse entre sí, y a establecer los términos de un pacto numeroso e interminable.

Noble oficio el de los seres que, sin olvidar sus obligaciones contraídas con factorías y organismos de diversa naturaleza, hacen de las relaciones públicas algo más que un episodio protocolario, y aún en los momentos más frívolos impuestos por una y otra causa, piensan en la posibilidad de vencer las fronteras que separan a los países y a los hombres, para que un solo río humano comience a desembocar.

los maquinistas

CUANDO parten o llegan los trenes, solo hay tiempo para los abrazos y los pañuelos blancos en el aire, y, a lo largo de las distancias que recorren, solo hay espacio para mirar los paisajes que a lado y lado de la vía se levantan, o para entrecerrar los ojos y conciliar un poco el sueño, mientras grandes y raudas masas de colores se desdibujan en la frente. Casi nadie se aleja un poco de las cosas señaladas, para pensar en los maquinistas, en los hombres que conducen las locomotoras, a través de llanuras y bosques, por los puentes y los bordes de los abismos, con gesto vigilante, con la cara engrasada y la guerra del viento en los cabellos.

Los maquinistas son héroes del trabajo. Sin embargo, la verdad es que nos habituamos a mirarlos sin emoción alguna, y son contadas las ocasiones en que alguien tiene para ellos un sentimiento de gratitud y de ternura. Pero, ade-

más de héroes, los maquinistas son padres generosos, que nos llevan a pasear por el mundo en sus carros de hierro, que nos mecen en los vagones, como en cunas, y nos dan la sensación de que nos acercan al paraíso o a los cuentos de hadas, siempre que a lo lejos se encienden las luces de las ciudades desconocidas y los trenes pitán victoriamente. En la infancia de casi todos los hombres, y aunque ello no se recuerde y se reconozca a menudo, hay maquinistas maravillosos, casi mágicos, que con solo tocar las máquinas en el corazón, en el sitio donde más arden, hacen chispas en abundancia, numerosas abejas de oro, para alumbrar los viajes y las estaciones.

No todos los hombres pueden ser maquinistas y conducir los trenes por la tierra, como animales de humo y de metal, que devoran kilómetros y orillas inundadas por el ganado y por la agricultura. Para ser maquinista se requiere, en primer término, y tal como ocurre con todos los oficios, amor por el aprendizaje, deseo de servir a los semejantes e inteligencia clara. Por lo demás, quien aspire a conducir trenes y a llevarlos hasta el mar y hasta la cima de los montes, debe tener ojo limpio y avizor, mente despierta, mano dura, coraje en abundancia, huesos que no se rompan con las trepidaciones, alma que no se tizne con el carbón, carne que no se derrita con el verano de los hornos, decisión inquebrantable, afecto por los pasajeros, y, sobre todo, ternura varonil por las paralelas, las cuales gimen a veces, como esposas, bajo el peso de los convoyes.

Los maquinistas son peritos en frenar a tiempo, en vencer la resistencia de las curvas,



con lentitud, con ritmo y con sabiduría, en pitar tristemente, si acaso se trata de despedir a un colega, caído en medio de la lucha diaria, en sonreír, desde las plataformas, a las estaciones y las colinas jóvenes, en trepar sin desesperarse, en descender sin precipitudo, en inundar los trenes con el perfume de los campos que atraviesan, en acariciar con la mano salida la lluvia que refresca la máquina, y en derramar música clamorosa sobre los paisajes campesinos. Son peritos también los maquinistas en equilibrio espiritual, pues no de otra manera se explica, que en las horas de mayor peligro puedan gobernar el acero y el hierro que llevan en las manos. Cuando atraviesan los túneles y los vagones se confunden con las entrañas de los montes, hacen las veces de vencedores de la noche: salen al otro lado siempre, recobran el día y la luz los condecora con pájaros y medallas doradas.

En tiempos de paz, como en las épocas de guerra, los maquinistas son esenciales para la marcha de los pueblos, ya sea hacia el progreso o hacia las fronteras nacionales, amenazados por la codicia y la ambición de algún vecino. Los maquinistas transportan las cosechas de los campesinos, desde el campo hasta la ciudad, desde el surco hasta los comedores. A los soldados los acercan a las trincheras, los llevan a la lucha con un sonido fúnebre, con un pitazo que despide a los muertos anticipadamente, y al mismo tiempo llora la insensatez del hombre y la inutilidad de las batallas. Sin contar el viaje innumerable de los seres, de uno a otro pueblo, de uno a otro país, cuya realización se debe, en gran parte, al esfuerzo y a la pericia de los ma-

quinistas. Estos, en suma, ayudan a hacer la unidad del mundo y tejen con la aguja de los trenes, que es larga, penetrante y sonora, los mapas desgarrados por la dinamita, las distancias agujereadas por los rayos y aún el viento que se rompe en las cornamentas de los toros.

Mucho podemos aprender todos los hombres de los maquinistas, pero en particular a dirigir la vida, sin descarrilarla vanidosamente, sin estrellarla contra las ambiciones desmedidas y sin arrebatarle lo más hermoso que ella tiene: el ámbito poético, el aire que los trenes horadan y conquistan con un gemido casi humano y sed de transparencia.

Tan pesado, tan bello, tan valiente, tan varonil y clamoroso es el oficio de los hombres que conducen las locomotoras, que ante estos seres uno siente, no solo admiración y respeto, que es lo menos que se puede sentir en este caso, sino también un poco de turbación y de perplejidad. Porque la verdad es que el trabajo de los maquinistas, además de útil, es hazañoso en grado sumo y pertenece al linaje de la epopeya.

Desde los andenes de todas las estaciones del mundo, agitemos un pañuelo nevado, para saludar a los maquinistas y a la vez expresarles el deseo de que los trenes rueden por el cielo, al final de sus días, y los lleven, ilesos y radiantes, a la presencia del Señor.

los torneros

PARA hablar de los torneros y del trabajo que realizan diariamente, sería preferible que todas las palabras fuesen redondas y girasen en el papel, y extendiesen su música por las hojas nevadas.

El origen de los torneros es el mismo del viento que da vueltas en torno de los árboles y las torres, y, a unos y a otras poda y pule, ilumina y defiende la noche.

Los torneros nacen de madres laboriosas, de mujeres del pueblo, habituadas al sufrimiento y a la lucha, y, desde el vientre materno, tienen ámbito industrial: comienzan a construir su rostro y su destino en la sombra más honda y más amada.

Después viene la infancia y con ella la curiosidad y el deseo, todavía confuso, de pertenecer al mundo de los oficios y de emplear las ma-

nos en algo edificante. Llegan a los tornos con sed de realizarse, y comienzan a hacerlos girar y a reconocer en el rumor de la faena, un poco del rumor de los trompos, recientemente abandonados, por exigencias de la vida e imperativos de la pobreza.

Necesaria y fecunda es la tarea encomendada a los torneros, por un mundo que todos los días se industrializa más y deposita mayores esperanzas en la mecánica y la técnica. Trabajan en talleres sonoros y vibrantes, parecidos a los que hay en el cielo, detrás de las nubes, y donde los ángeles obreros adelgazan las puntas de las estrellas y las alas de los relámpagos.

A cada paso tienen que auxiliar a las máquinas y rehacer piezas gastadas por el uso, o rotas por operarios temperamentales, que no vacilan en correr como niños, tras de sueños e invenciones de la imaginación. La labor de los torneros es de precisión, de dominio absoluto de los tornos. Con éstos llegan a fundirse, de tal modo, que podría afirmarse, sin temor a equivocación alguna, que el metal y la sangre, en la misma medida, labran las plumas aceradas y las capacitan para volar entre el aceite de las locomotoras y los telares.

Circularmente hacen la vida, el día, la semana, el salario, y, en la misma forma, conciben la actividad de los volcanes y la formación de las raíces. Las minas que ellos sueñan son redondas y tienen movimiento planetario. Con el paso del tiempo, se convierten en tornos vivos y palpitantes, a fuerza de convivir con el equilibrio y la exactitud. Tienen el sentido de lo jus-

to, de lo armónico, frente a los ensambles y las fuerzas que se complementan. Saben hasta que punto debe reducirse el peso de la tarde y pulirse la frente de los bueyes, en el crepúsculo, para que el encuentro con la noche tenga la categoría de una alianza generosa y el sonido de un engranaje insobornable.

Así como Dios fabrica estambres finísimos para sostener la unidad del organismo humano y agilizar el movimiento de los cuerpos y aún de las almas, los torneros construyen tallos de acero para las máquinas, sobre los cuales se abre la flor de los motores y las hélices. Así mismo, crean agujas y dentaduras férreas. Las primeras para coser telas de aceite, y las segundas para morder panes oscuros, combustibles amargos y frutos nacidos de las faenas industriales.

Inclinados sobre los tornos, con el pelo en desorden y las venas crecidas bajo la piel, los torneros parecen esculturas vivas, estatuas sudorosas. Algunas veces entra el sol hasta donde trabajan y los ilumina generosamente. Entonces es posible penetrar hasta las raíces de estos hombres, tras los rayos dorados, y constatar que vibran hondamente y son un poco azules, un poco del color del acero y el agua.

Seguros de sí mismos son los torneros. Aprenden la seguridad en el trabajo y no solo la utilizan frente a los tornos, sino también frente a la vida y sus más cotidianos menesteres, hábitos y costumbres: seguros son para cortar el pan, para mirar el cielo desde una ventanita de suburbio, para elevar cometas con sus hijos, cuando llega diciembre y el viento empieza a bailar por el mundo.

Saben hacer frente a las enfermedades y al taller que les cierra las puertas, una mañana cualquiera, y les niega la oportunidad de trabajar y recibir, a cambio del trabajo, una ración de sal y de cebolla, un sábado con oro de cerveza, y el derecho a merecer el domingo, la música de las campanas que llaman a misa y la compañía de los árboles y los parques.

La producción de maquinaria, para todos los usos, no sería posible si no existiesen los torneros y si éstos no fuesen ejemplares en el gobierno de los tornos. En sus países acerados se mueven como soles, alrededor de la tarea diaria, y, además de bruñir el acero, de someterlo y contrariarlo amorosamente, le enseñan a ser útil y justo, y a brillar más por estas virtudes que por su naturaleza mineral.

También a los torneros que trabajan con barro y con madera, van dirigidas estas líneas. A los que fabrican vasos y trompos. A los que contradicen la arcilla y sacan de ella una paloma. A los que estrechan un pedazo de cedro y lo convierten en un cofre sabiamente labrado.

Escuchen todos los torneros lo que les dice el mar, tornero también, pulidor de corales y de islas, a través de mis letras y de mi poesía: al trabajo debo mis olas. Si no fuera por él ya me habría secado. Seguid en el manejo de los tornos, hasta que mares os volváis también y un mundo nuevo y dulce, con forma de navío, cruce por vuestras frentes sudorosas, hacia un futuro sin orillas, donde sea posible amar la libertad y recobrar un poco el paraíso.

los estibadores

DESDE las barandillas de los buques anclados en los puertos, y mientras se tiende la escala que invita a los pasajeros a descender y a recobrar el amor de la tierra, se ven los estibadores, con sus bultos sobre los hombros, semidesnudos e iluminados por el sudor, que llega de muy lejos: del día en que el primer hombre levantó un peso superior a sus fuerzas y se brotó de venas y grandes gotas de rocío.

Junto a los estibadores crece el día. A veces éste se inclina un poco sobre el agua del mar y de los ríos, y su carga de pájaros se derrama y el aire se llena de plumas y de música. El día también es estibador, también trabaja en los muelles, también cobra salario, también recibe estrellas por la noche, a cambio de monedas.

Los estibadores no se dejan abrumar por el peso que llevan encima. En algunas ocasiones se

tiene la impresión de que se van a hundir en la tierra, o a agrietarse desde la frente hasta los pies, pero el equilibrio de su fuerza los sostiene y les asegura la integridad física y espiritual. Lentamente trabajan en algunos momentos. Sin embargo, su lentitud es casi veloz y milagrosa, si se compara con la tiranía de los fardos. Llegan hasta la cima de los buques con las cabezas inclinadas, y, después, en la misma forma, descenden hasta las bodegas y las colman de bultos y respiraciones anhelantes. Las embarcaciones, cuando parten, se llevan algo de ellos: un poco de su olor, una brizna de su dureza resplandeciente, un grano de su valor y su heroísmo anónimo. En alta mar el viento despierta todas estas cosas y los viajes se llenan de recuerdos hermosos y abultados, de hombres que hacen la vida victoriamente, a pesar de que llevan el cielo sobre las espaldas, como una caja de acero con los bordes azules.

Desde los vientres de sus madres a los estibadores les pesa mucho la vida, la sangre que los forma, la leche que los ilumina desde las colinas maternales, y los espera allí mismo para nutrirlos y fortalecerlos, y a la vez para darles una lección - la primera - sobre la castidad y la blancura. La infancia de los estibadores es pesada también. Los bultos que se vislumbran en el porvenir, empiezan a abrumarlos desde la época de los trompos y las cometas, sin contar la carga de la herencia, que gravita sobre sus almas y sus sueños. Pero es bajo estos signos aplastantes, donde aprenden a resistir, donde se vuelven hombres, donde se preparan para las batallas propias de su oficio. Hacen su aprendizaje en los



pasillos de los barcos, en los andenes y los alrededores de las básculas. Sus maestros son los mismos fardos. Estos les enseñan a endurecer los músculos, a sudar copiosamente, a guardar el equilibrio, con una montaña encima de los hombros, y a competir con los trabajadores más viejos y avezados. Es fácil advertir, pues, que esta faena no puede improvisarse y que la conquista de unas espaldas anchas y duras, donde parte de las cosas del mundo tienen su fundamento, es fruto que no se alcanza sin previo derroche de coraje y aún de inteligencia, frente a la voluminosa torpeza de los bultos.

Estibadores existen en todos los puertos del mundo, y bulteadores en todos los pueblos y las ciudades de la tierra. Unos y otros forman un solo cuerpo duro y bello, en cuyos hombros se balancean grandes masas de plomo, de madera, de hierro, de algodón. Los estibadores, los bulteadores en general, prestan formidables servicios a la comunidad humana. En ellos se apoya buena parte de la vida de todos los seres, porque vida y no otra cosa, es la caja que contiene manzanas, o la que guarda herramientas de labranza, o la que se utiliza para empacar juguetes y regalos de navidad. Los bulteadores mueven mercancías de toda índole, en una y otra dirección, y no solamente contribuyen a hacer el progreso material de las naciones, sino también a unificar el alma de las mismas, porque la verdad es que en el fondo de todos los cargamentos, así sean los más amargos y más burdos, hay una paloma dormida, que pertenece al mismo linaje de la familia humana y al espíritu de todos los hombres.

El sol de los puertos, con sus herramientas ardientes e impalpables, esculpe el cuerpo de los estibadores. La brisa del mar y de los ríos, con su ternura femenina, acaricia y pule los rostros y los hombros. Todos tienen aspecto de estatua levantada en homenaje al pueblo del mundo y en su continente de bronce el sonido humano es semejante al de las minas más profundas.

Los estibadores son maestros de fortaleza, de valor, de tenacidad, y es casi imposible templarlos sin rubor, porque el peso que a ellos embellece y agranda, al resto de los hombres en la más de las veces, nos aplastaría y nos llenaría de congoja. A menudo renunciamos a la lucha, porque nos parece muy abultada la carga que llevamos encima. Sin embargo, los estibadores ni siquiera se quejan. Si acaso se detiene un momento en medio de la faena diaria, es para asegurar las ligaduras de los bultos o enjugarse el sudor. Después siguen avanzando hasta el final de la vida, y casi podría afirmarse que son ellos mismos los que cargan su propio ataúd en la hora de la muerte.

El mundo se transforma permanentemente. Obligada por la fertilidad de la vida, que es la verdadera revolución, la injusticia cede su campo a la justicia, y tras de esta última crecen los salarios y se multiplican los panes. En las espaldas de los estibadores, la transformación del mundo tiene un surco ancho y abonado. Allí, en esas espaldas, los bultos reventarán como semillas y nacerán alas para todos los hombres.

los talabarteros

LA POESIA no se cansa de recorrer el mundo, de reflejar en sus espejos el rostro de la tierra y el cielo, de fabricar juguetes para los niños y plumas para las golondrinas. La poesía va de casa en casa, de pueblo en pueblo, de ciudad en ciudad, iluminando todo cuanto encuentra a su paso y ayudando a los hombres a hacer su trabajo cotidiano y su torre de amor.

De la mano de la poesía entramos hoy al reino de los talabarteros, que es de cuero todo, y suena con la lluvia y el viento. Aquí el trabajo tiene otra morada, el sudor otra frente, la paz amigos fieles y el pan hijos honrados.

Desde que existe, desde que es un oficio y ofrece a los hombres la oportunidad de no pasar inútilmente por la tierra, la talabartería se levanta con el sol y empieza a realizarse, a construirse, a extender sus cueros, a coserse, a darse

suaves resplandores y a bautizarse con nombres familiares y sencillos. Con el martillo se ablandan los materiales, con el peso de la sangre, agolpado todo sobre lo que se está haciendo, se humaniza la faena, y con la pericia de las manos - heredada de los abuelos y los padres, quienes a su turno la recibieron de otros abuelos y otros padres - se conquista la perfección y se aumenta el equilibrio de la vida.

Los cueros que se secan al sol, a la salida de los pueblos y que despiertan la codicia de los gallinazos, mientras el viento acaricia los pinos y los naranjales, son pasos que da la talabartería hacia ella misma. Y los mismos cueros, enrollados y cùrtidos, sometidos e iluminados por la técnica, son ya el comienzo de la creación, el cielo donde los artesanos labran sus estrellas y dejan el rastro de su fantasía y su eficacia. La lezna abre el camino a la piola encerada, a la costura que unifica y ensambla. La lezna y la máquina, de agujero en agujero, bordean los materiales e invitan al hilo a que marche tras ellas, sepultando su fuerza y rematando el viaje con un nudo. De otro lado, las incrustaciones de metal brillan como pequeños relámpagos, y la cabeza de los estoperoles, coronada por golpes, multiplica la luz que se desprende de toda la faena, y, al hundirse, completa la fortaleza y la belleza del conjunto. En este ambiente, como en todos los sitios donde el hombre crea algo, es posible tener fe en la vida y vislumbrar el futuro, a lo lejos, con forma de colmena y de taller.

De las manos de los talabarteros salen correas y monturas, sillas de vaquería, tronos para poner sobre el lomo de los caballos y reinar des-

de allí, no solo sobre las llanuras, sino también sobre los ríos que las cruzan y las llenan de música. Los talabarteros hacen las riendas, o lo que es lo mismo, tienden puentes de cuero entre las bocas espumosas de las cabalgaduras y las manos de los jinetes. Además fabrican las ramas donde florecen los estribos y los cabezales que ciñen y adornan las frentes de las bestias. Los talabarteros, en suma, cosen vestidos para los jamelgos y los asnos, arreos guarneidos de plata para todas las caballerías del mundo. En los caminos de vereda, en los hipódromos, en los combates, en las plazas de los pueblos, en los circos y las haciendas, los talabarteros están presentes: son la luz que se desprende de las monturas, cuando los hombres galopan bajo las estrellas o la furia del sol.

En los talleres de talabartería, lo mismo que en los almacenes donde se venden objetos fabricados por los talabarteros, el olor del cuero repujado, espejeante en algunos sitios, es un canto a la vida, y a la vez testimonio de la transformación de la materia y de las virtudes casi milagrosas del trabajo, cuando éste se realiza con amor, con sabiduría y entusiasmo. En medio de los arreos flamantes, de las sillas de montar, que brillan como soles sobre burritos de madera, y del aroma que se desprende de todo esto, aroma de amanecer y de caballo joven, uno siente que los seres y las cosas nunca mueren en forma definitiva, y que son numerosos los caminos por donde la existencia vuelve, de una u otra manera, a perdurar y a ser útil a los hombres. Allí, en las talabarterías, están los pellejos de los animales, arrebatados a la muerte, transformados

por los obreros y las máquinas, ribeteados y bruñidos por las herramientas y los días. El cuero, que pudo ser devorado por la tierra y sepultado por la lluvia, se salva de este naufragio, y, una vez más, se incorpora a la vida, de la mano de los talabarteros, y convertido en racimos dorados y pulidos.

Un día los talabarteros también tendrán una canción reconocible siempre que el viento cruce por las ciudades y los pueblos, señalando a los hombres el camino de la libertad, y siempre que los caballos galopen hacia el horizonte, en busca de más luz, de más alas y de más justicia. La canción de los talabarteros será la misma de todos los obreros del mundo, pero las estrofas definitivas las escribirán ellos mismos en el cuero que trabajan todos los días. Ya las están escribiendo. Cada puntada es una letra, una palabra, un pequeño amanecer. Cada gotera de sudor que les nace en la frente, es un punto en la página de las talabarterías. Así comienza la canción: El cuero alumbría, el cuero suena, el cuero acaricia las manos que lo labran, que lo humanizan, que lo vuelven del tamaño del mundo.

los barrenderos

AS CALLES de todas las ciudades y los pueblos del mundo son como esposas de los barrenderos. Estos las acarician con las escobas a mañana y a tarde, y de estos amores nace la limpieza.

Mientras barren, los barrenderos callan o silban. En el primer caso es probable que piensen en algunas cosas menores, relacionadas con sus vidas humildes, o que no piensen nada y simplemente avancen contra el polvo, tal como lo hace el viento. En el segundo caso, cuando al rumor de las escobas que besan el suelo se une un aire popular, silbado con terquedad y con tristeza, se tiene la impresión de que la calle es la que hace la música, y que los barrenderos tratan de aprenderla, inclinándose un poco sobre las hojas secas y los papeles arrugados. En este oficio hay mucha belleza, de todos modos. Si acaso no se advierte a menudo el resplandor de este

trabajo, es a causa de la desatención de la gente, la cual, en la más de las veces, se inclina más del lado de los espectáculos detonantes y artificiales.

Los barrenderos dan lecciones de amor a toda hora, y a pesar de que se les mira con indiferencia, injustamente, desde luego, no renuncian a su faena, no recuestan las escobas contra los árboles de los parques, para entregarse a la amargura y a la desesperanza. Avanzan sin estímulos, sin mendigar aplausos, sin darse cuenta siquiera de su soledad. Repito que acarician las calles, como si estas fueran esposas, y enseñan a amar la tierra que pisamos todos, la tierra que nos sostiene y nos acaricia los pies con sus dedos de hierba y con su aliento tibio.

Las escobas son como la prolongación de los brazos y las manos de los barrenderos. Se diría que por los palos de las escobas corre sangre -por dentro de los palos-, y que todos los materiales de que están hechas, participan de la palpitación humana. Los hombres del aseo, como suele llamárseles, sin imaginación ni poesía, madrugan a barrer. Ellos son un anticipo del sol, y si no brillan como éste y llenan las calles de resplandores amarillos, es porque su fuego es hondo y poderoso, tal como corresponde a las vidas que se realizan sin ostentación, sencillamente, y con el simple propósito de ser útiles a las otras vidas.

Como lenguas doradas, las escobas lamen los bordes de las aceras, el asfalto, los ángulos de las esquinas y todo el lomo de las avenidas, sin ocultar su alegría cuando llegan a las glorietas, y sienten que la vida se vuelve circular y



espaciosa. En los parques, los barrenderos parecen más enamorados y minuciosos. Reunen el oro de las hojas secas con cuidado, como con miedo de perderlo, y a veces hacen una pausa para escuchar la música de los surtidores, la cual refresca todo el cielo de verano, a pesar de que el agua alcanza apenas la estatura de los árboles más pequeños. Sobre las raíces de estos árboles, justamente, los barrenderos barren con mayor cuidado, y tal vez piensan que se trata de niños con hojas, que podrían marchitarse a causa de cualquier rudeza. A veces hablan de cosas elementales mientras realizan su faena: dicen que va a llover por la tarde, que la comida está muy cara, que el cielo está muy alto, o que en la paja de la escoba se enredó una moneda de a centavo. Y así, entre silencios, palabras, canciones truncas y goteras de sudor que los iluminan fugazmente, los barrenderos recorren la ciudad, de uno a otro extremo, y dejan tras sus pasos más espacio para la luz y los pies de los hombres.

Cuando el verano es muy intenso y el polvo se levanta airadamente al primer contacto con las escobas, los barrenderos se cubren la cara con un pañuelo. Entonces se vuelven un poco fantasmales, en medio del calor y de la polvareda. Parece que juegan a la gallina ciega o que bailan con las escobas, casi furiosos, o que buscan, con los ojos puestos en el suelo incendiado, algo que pertenece a toda la humanidad y que se perdió desde el comienzo de los siglos.

Los barrenderos simbolizan muchas cosas hermosas: son el amanecer, porque vencen la oscuridad de la basura con su respiración y con

su fuerza. Son la fraternidad universal, porque limpian las calles, para que no se ensucien los pasos de los pobres ni de los ricos. Son también el heroísmo, el verdadero heroísmo, porque luchan contra la basura, contra la descomposición del mundo, con arrojo y tenacidad, a pesar de que saben que no habrá medallas para sus pecados, ni banderas para sus buques de ceniza, de papel y de polvo.

Por la tarde, una vez concluída la faena, los barrenderos se agrupan un momento en los parques y las esquinas, con las escobas en los hombros. En la misma forma, agrupados y un poco borrosos, a causa de las primeras sombras de la noche, se les ve pasar en camiones y buses, siempre con las escobas en alto. Es entonces cuando se parecen a la revolución y hacen pensar en una vida nueva, determinada por ellos mismos, dentro de la cual el río es justo con el cauce y la calle con las casas que la bordean.

Lejos de las ciudades, en el campo, en cualquier sitio apartado y solitario, es posible escuchar a los barrenderos con solo pegar el oído a la tierra: barren, acarician, vuelven a barrer, acarician una vez más, y en esta forma esparsen por todo el mundo el rumor que los caracteriza, y expresan, no solamente su ternura, sino también la de la humanidad.

Barrenderos de todas partes: un día nacerán alas a vuestras escobas. Un día podréis volar, al menos hasta una cima donde se os ame y se os respete. El hombre que trabaja honradamente tiene derecho a este vuelo. Estas líneas son calles barridas por vosotros. Adelante, adelante, que el mundo tiene sed de limpieza y de música.

la albañilería

EN LAS noches más frías y en los días más ardientes, es cuando más se ama la albañilería, y cuando más se siente sobre el cuerpo y aún sobre el alma, la sombra de las casas, el amor de los muros, la caricia de las piedras labradas. Oh la albañilería! Nació cuando los hombres comenzaron a acercarse a los árboles y a pedir protección a los follajes. Nació con las primeras ramas que los hombres ataron sobre sus cabezas, para cerrar el paso a la lluvia y al sol. Nació como nacen todas las cosas: pequeña y oscura. Mas con el correr de los días fue creciendo, en medio de maderas rudas y de herramientas toscas, hasta que una mañana la tierra se llenó de torres y el cielo de extraños ángeles laboriosos, que hacían saltar estrellas con el golpe de sus martillos. Ni en su oficio tan alto y tan noble como la

del suelo y la levanta, y lo mismo hace con las rocas: las pone en las alturas. No se cansa de subir, de hacer música mientras sube, de materializar anhelos maternales. Y todo para que el hombre tenga un refugio y pueda soñar, unos minutos, que su fuego nunca será esparcido por el viento.

La albañilería, con ternura silenciosa pero cierta, protege a las familias, cubre a los enfermos de los hospitales, para que vuelvan a la vida por caminos blancos, y defiende a los tejedores y a los niños. Mientras en el vientre de la esposa crece el hijo, la albañilería —madre también— guarda al que va a nacer entre sus muros. Y mientras el poeta escribe sus poemas, con la esperanza de aumentar la belleza del mundo, la albañilería, atenta al nacimiento de la canción, pone en ésta el calor de la alcoba.

Claros y bellos son los albañiles, con sus cabellos al viento, con sus camisas ondeantes, con sus pantalones remangados hasta cerca de la rodilla, con su olor de tierra húmeda y su fragancia de madera aserrada, con su golpe en la nube que pasa y oscurece un momento las plomadas y los andamios. Las colmenas crecen con el rumor de las abejas. Los edificios se agrandan con la música de los albañiles, que es dura, orquestal y dramática. Trabajan en el sitio más alto y lo hacen con amor, aunque el pan es escaso en sus mesas. Mientras unen los ladrillos con argamasa palpitante, silban una canción. Caminan por las tablas tendidas, de uno a otro extremo de las construcciones, y las hacen temblar con los pies anchos y embarrados. La muerte los empuja a veces, los obliga a pisar en el vacío y a estrellarse en las calles, pero vuelven a reanudar el



trabajo con las manos del hijo o del amigo. Húmildemente son grandes! Anónimamente son heroicos! Dios los contempla desde arriba, desde más arriba, y les lava los rostros con llovizna y con brisa.

Los albañiles hacen las aldeas, los pueblos, las naciones, el mundo, y aun el trasmundo, porque trabajan en las orillas del cielo y la fuerza de sus manos se va con el viento, y ayuda a levantar las ciudades eternas.

La campana debe a los albañiles su morada, su nido en la cima de la iglesia. La estatua debe a ellos su pedestal, la fábrica su chimenea activa y progresista, y el rascacielos su continente vertical y colosal. Los albañiles dejan en las construcciones lo más hermoso que éstas tienen: el resplandor humano, la huella de los dedos, el rastro de la sangre. Los materiales que los albañiles tocan se iluminan con la luz del hombre, que es insustituible y a la vez fuente inagotable de ternura.

Todos los hombres, todos, debemos mucho a la albañilería y a los albañiles, y estamos en mora de retribuirles, aunque sea con una pobre canción, el techo que nos han dado, lo mismo en el verano que en el invierno, lo mismo en la noche de lluvia que en el día de fuego torrencial.

Empecemos pues la canción de la albañilería y de los albañiles: ella es de barro y piedras, y ellos de cal y canto. Ella y ellos son del tamaño del mundo y todos los días crecen más y más, para que nadie se quede sin albergue, y el pudor de los enamorados tenga sombra propicia . . .

Y que el viento complete la canción. El viento y las estrellas.

los marineros

HAY hombres que nacen para habitar el mar, para vivir sobre las olas y allí mismo hacer oficios propios de la navegación, y merecer el pan de todos los días y el aplauso del viento y de los alcatraces. El mar es la morada de estos hombres, ciertamente, el camino que recorren a diario para ir de la luz a la sombra, de la mañana a la noche, y de ésta al sueño, que es un anticipo de la muerte. Desde la infancia escuchan el canto de las sirenas, el reclamo de las islas, la invitación de las banderas que ondean en los mástiles y aún la convocatoria de las tormentas. En la primera oportunidad que les sale al paso, en el primer barco que ancla cerca de sus sueños, parten hacia la inmensidad del océano y la realización de su destino. Los recibe la espuma en sus brazos nevados y el agua salada los consagra habitantes de sus dominios.

se sienten completos y oyen correr la sangre bajo la piel como una ola roja.

Hermosa es la familia de los marineros, y más hermoso todavía, el parentesco de todos ellos con la libertad. Esta se confunde con sus vidas, tan entrañablemente, que libertad es todo cuanto llevan encima, desde la piel, quemada por el sol y llena de tatuajes, hasta la intimidad de los huesos. Para los marinos la existencia tiene la forma de dos alas, en pleno vuelo, y la medida del mar, con sus guerras azules y sus orillas inalcanzables. Este oficio de navegar es el más libre de todos los oficios, y quienes lo realizan pueden ufanarse de que la tierra les queda estrecha y les arrebata la plenitud y la confianza en el porvenir. Pueden ufanarse, igualmente, de que son amigos de la tempestad y tienen al alcance de la mano cuantas escamas quieran para alumbrar sus reinos interiores.

Yo los he visto trabajar, hacer la vida en las embarcaciones, como en casas que se mecen sobre el agua y de repente se iluminan todas con el paso del viento. Los he visto en la proa de un buque, agrupados en torno de los cables y de las anclas, semidesnudos, incansables y casi transparentes, a fuerza de brotarse de sudor. A la perfección saben su oficio todos, y los que barren la cubierta, lo mismo que los encargados de desdoblar las lonas, son una misma fuerza, una sola batalla laboriosa.

Pintan el exterior de los buques, casi diariamente, con amor y sabiduría, para defenderlos de la herrumbre y para que brillen más bajo las estrellas. Acarician el hierro y el acero con la pintura, y, cuando termina la faena, se tiene la

impresión de que se van a separar de unos brazos amados. Trepan a los palos más altos de las embarcaciones, con agilidad, tal como lo hacen las banderas, y, ya en la cumbre, parece que fueran a ondear, a flamear y a derramar música sobre las cabezas de los pasajeros. Devuelven la unidad a los lazos que se rompen junto al cielo, o contemplan el horizonte desde arriba, con una sonrisa en los labios, para dar júbilo a los ojos y paz al corazón.

Son rudos pero buenos. Saben remar con ímpetu cuando las circunstancias los obliga a ello, y cuando se abre una grieta en un flanco del buque, saben cerrarla a tiempo y evitar las inundaciones y los naufragios. Pero también saben cantar en los atardeceres y soñar que no es el sol el que se hunde en el agua salada, sino un plato de cobre y azafrán. En algunas ocasiones parecen niños grandes, niños que juegan a la marinería y a los buquecitos de papel. Se emocionan con pequeñas cosas: con la sombra que un pájaro deja caer sobre los cables enrollados, con una ola que no alcanza a nacer del todo y apenas descubre un poco de su frente espumosa, o con el acordeón que gime entre los brazos de un inmigrante.

Cuando las luces de los puertos comienzan a parpadear en la distancia y el humo de los muelles sale al encuentro de las naves, los marineros multiplican su actividad, para que el retorno a la tierra firme se realice sin contratiempos. Corren de un sitio a otro, con órdenes y lámparas, silban y gritan, descifran los mensajes de los faros, escoltan las arboladuras, y, finalmente, desatan las anclas y las sepultan en el fondo de

las bahías. Después tienden las escalerillas de metal y descienden por ellas, con sed de amor y de aventuras terrenales, hasta caer en los brazos de sus mujeres y en las orillas de las copas. El ron los ilumina y los embriaga, hasta que parten una vez más con la esperanza de volver algún día a recoger sus pasos y a remozar su frente y sus recuerdos.

Vayan estas palabras por el mar, como barcos, hasta los ojos de todos los marinos del mundo. Nacieron estas líneas para los navegantes, ya lo menos que pueden aspirar es a que ellos las conozcan y las amen un poco.

Sin vosotros, marinos, el mar sería triste y semejante a los desiertos. Con vosotros, en cambio, el mar tiene sonido de taller y compañía humana. Con el filo de vuestros buques seguid la brando viajes en la madera de las olas, mientras mi poesía completa vuestra lucha y os defiende del olvido.

la panadería

TODOS los días, a la hora del desayuno, deberíamos pensar en los panaderos y dedicarles una palabra de ternura, antes de llevarnos el pan a la boca, antes de humedecerlo con nuestra saliva e incorporarlo a nuestra sangre.

Los panaderos son gente simple y buena. Con sus gorros en la cabeza, como grandes copas inmaculadas, y sus delantales de almidón, donde los panes tienen patria, madrugaran a hacer su trabajo. Cuando las campanas empiezan a llamar a misa y a despertar las golondrinas que duermen en los campanarios, se inclinan sobre la masa, como sobre la vida misma, y abren las manos entre la harina mojada, entre la flor de los trigoles, deshecha por el agua, para dar cuerpo a sus dueños y asegurar a los hombres que pescan y tejen, a los que trabajan en los andamios y las bodegas de los buques, a los grandes y los pequeños, a los soberbios y

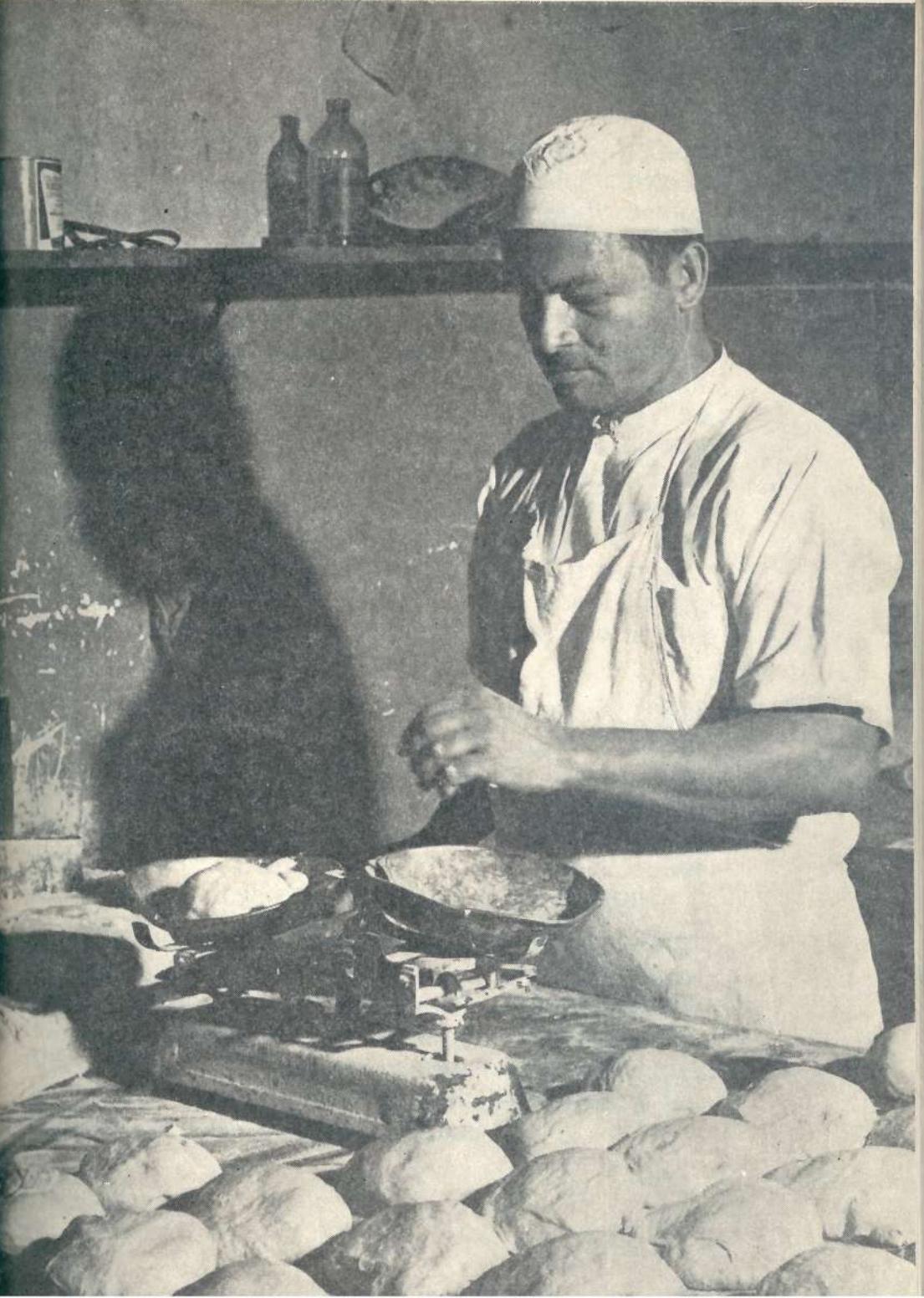
los humildes, a todos, la restitución de las fuerzas que se gastan en la faena diaria. Los panaderos son, pues, quienes dan formas apetitosas y sencillas a las espigas que la tierra produce. Ellos crean trofeos alimenticios para premiar el esfuerzo cotidiano. Ellos aumentan la sangre del mundo: lo mismo la que viaja por las venas de los jóvenes, que la que sostiene a los abuelos y les permite reinar en sus atardeceres, bajo una corona de cabellos nevados.

La panadería es un oficio que simboliza cabalmente el sentimiento de solidaridad humana. De todos los hornos, hacia los rincones más apartados del mundo, salen panes morenos, panes blancos, a cumplir una cita diaria con los manteleros y las mesas. Si toda la tierra fuera verde y plana, sin bosques ni cañadas, tal vez se verían como un gigantesco abanico, los caminos pisados por los panes, y se verían también los pájaros en pleno vuelo, y siguiendo las cintas doradas hasta el seno de las familias, hasta los comedores y las bocas.

Las panaderías perfuman el mundo. El viento lleva el olor del pan y lo derrama en todas partes: sobre las alas que cortan el aire, sobre el pecho de vidrio de los ríos, sobre los racimos de ciruelas y las manadas de caballos.

Con el viento viaja el aliento del pan, el aroma que se desprende de la boca del horno, donde la masa, al ser besada por el fuego, recobra su original color de tierra.

Los muertos, a su manera, son panaderos también. Ellos amasan panes oscuros, para alimentar las raíces y calmar el hambre de los no



y los fresnos. La cena de los árboles es profunda y hermosa. Los panes que sobran, los propios rostros de los muertos, quemados y endurecidos por los años, son los que forman las montañas, los volcanes, las cordilleras y las islas.

A veces los panaderos parecen prestidigitadores. Al menos, en la infancia, así los vimos muchas veces. Prestidigitadores que no hacen trampa, que no necesitan de trucos para crear su mundo maravilloso. Con movimientos blancos y domésticos prologan su inocente función. Después, del fuego que chisporrotea alegremente, empiezan a sacar latas abrumadas por el peso del pan. Todo esto es casi milagroso. Un resplandor rojizo ilumina la escena, y en la cal de los muros crece la sombra de los ángeles que bendicen el trigo y la abundancia.

Panadería quiere decir suma amorosa, fuente de salud y energía para la humanidad. Panadero quiere decir amanecer, página blanca, donde las espigas escriben su historia con sus letras de oro. Panadero es lo mismo que intermediario entre la tierra y el hombre, entre la generosidad de Dios y el deseo de las bocas hambrientas.

En las panaderías, como en los días de verano, hay soles grandes y rojos, que en los panes acumulan calor para el invierno. Los panaderos vienen de muy lejos, humilde pero seguramente. Van hacia el futuro, hacia una mañana en que el trigo alcanzará para todos los hombres, y las semanas crecerán como espigas.

los celadores

UNA A UNA comienzan a encenderse las estrellas y a parpadear en las alturas. Los trabajadores regresan a sus hogares con herramientas en los hombros y se tiene la impresión de que se van a encontrar con la luna al voltear una esquina. En los rincones de las casas el sueño espera a casi todos los hombres, para cerrarles los ojos y devolverles las fuerzas perdidas en la lucha. Pero, justamente, en esta hora crepuscular, cuando empieza el reposo de las ciudades, es cuando los celadores inician su tarea, a bordo de la noche, la cual se mece con el viento como un buque negro y abandonado.

Celadores de fortunas ajenas! Casi mineros, porque cavan en la oscuridad, con sus pasos y con su insomnio, y porque llevan una lámpara en las manos. Casi fantasmas, porque como tales se ven bajo las alas del sombrero, con un tabaco encendido en la boca y las ruanas azota-

das por lluvia. La sombra de sus cuerpos se pasa por la cal de los muros y estos retroceden un poco. Van y vienen por pasillos y corredores, observan las cerraduras, acarician las llaves y leen titulares de periódicos viejos, mientras los gatos se hacen el amor en los tejados de las casas y se agrietan un poco los ataúdes de las funerarias.

Con respeto y admiración hay que mirar el trabajo de los celadores, tal como se deben mirar todos los trabajos que realiza el hombre, en su afán de servir a la comunidad y de ganar el pan de todos los días. El oficio de celar es propio de individuos pobres, como es lógico suponerlo, pero no por ello debe menospreciarse. Todo lo contrario. Por ello, exactamente, debe reconocerse con mayor entusiasmo.

Los celadores son valientes. No cuenta el miedo para ellos. Se enfrentan a la noche sin vacilar, aunque truene en el cielo y la luz de los relámpagos ayude a los ladrones a escalar los muros. Desafían el frío, la humedad, el cuchillo que se oculta tras de las puertas y la sombra que los árboles dejan caer sobre las piedras de los patios, para asustar a las palomas y a los niños. No renuncian a sus deberes por causa de los espantos o aparecidos de que habla la gente, y no se cruzan de brazos cuando son atacados, no ya por espectros, sino por hombres de carne y hueso, resueltos a todo y afilados como las navajas de los barberos.

Varonilmente soportan la tiranía de los relojes, y con la secreta esperanza de que un día

y sean sustituídos por las alas de la libertad. En seto piensan mientras realizan su tarea nocturna y dan vueltas en torno de los ladrillos hacina-
dos, o de las maderas que apenas comienzan a elevarse y a formar el cuerpo de los andamios. Piensan también en la libertad, cuando a lo lejos oyen la música de las fiestas religiosas y se ven ascender los cohetes, con intrepidez, con alegría y con teas multicolores.

Gracias a la abnegación de los celadores, muchos seres pueden dormir tranquilamente, seguros de que sus propiedades no serán asaltadas durante la noche, o, al menos, convencidos de que cualquier asalto será repelido fuertemente. Mientras los propietarios navegan en sus camas, rumbo al amanecer, los celadores cuidan las orillas del sueño, defienden las pinturas y las joyas, escoltan el brillo de los candelabros, guardan el perfume de las mazanas, inclusive, y protegen el pan y la blancura de los manteles.

Entre los bancos y en los alrededores de los mismos, los pasos de los celadores suenan tercamente y casi siempre frustran las tentativas de los ladrones. De todos modos, sus vidas corren peligro a toda hora, en una y otra parte, y muchas veces las pierden, al interponerse entre las balas y los bienes ajenos. Mueren por fortunas que no son de ellos, pero cuya protección a ellos se encomienda. La pobreza los obliga a guardar la riqueza y cumplen cabalmente, aunque saben que a los entierros de los pobres no van sino los pobres, con ramitos de hierba y flores de papel.

No todos los celadores son viejos, hombres cansados que buscan refugio en este oficio, como suele creerse a menudo. Hay celadores jóvenes también. Los primeros tienen tanto coraje como los segundos. Unos y otros son necesarios e hijos legítimos de la pobreza y de los sacrificios nocturnos. Todos merecen el salario que se les paga semanalmente, no siempre con generosidad y con amor. Ninguno quedaría debiendo nada a nadie, si se pudiesen establecer los términos de un absoluto equilibrio universal.

En las construcciones, especialmente los domingos y los días feriados, es grato ver a los celadores preparando su almuerzo, entre sus cassetas improvisadas. Alimentan el fuego con trozos de madera recogidos en uno y otro sitio, y se valen de tarros de lata, tiznados y olorosos a pueblo y a viruta, para cocer en ellos la comida. Honradamente se levanta el humo de este rito humilde y se va con el viento.

Por la noche los celadores vuelven a la oscuridad, y es entonces cuando las luciérnagas se encienden en honor de ellos y se abre en sus cinturas la flor de los revólveres.

la peluquería

CUANDO nos sentamos en las sillas de las peluquerías, frente a los espejos fieles y profundos, donde a veces hay nubes y colinas del cielo, nos volvemos un poco niños, un poco hijos de los peluqueros. Estos, a su turno, se vuelven un poco padres y nos cortan el pelo con amor, y nos peinan con calma y con sabiduría, como para enviarnos a una fiesta: a la extraña fiesta de la vida, que termina bajo la tierra, con un golpe de tierra y de campanas.

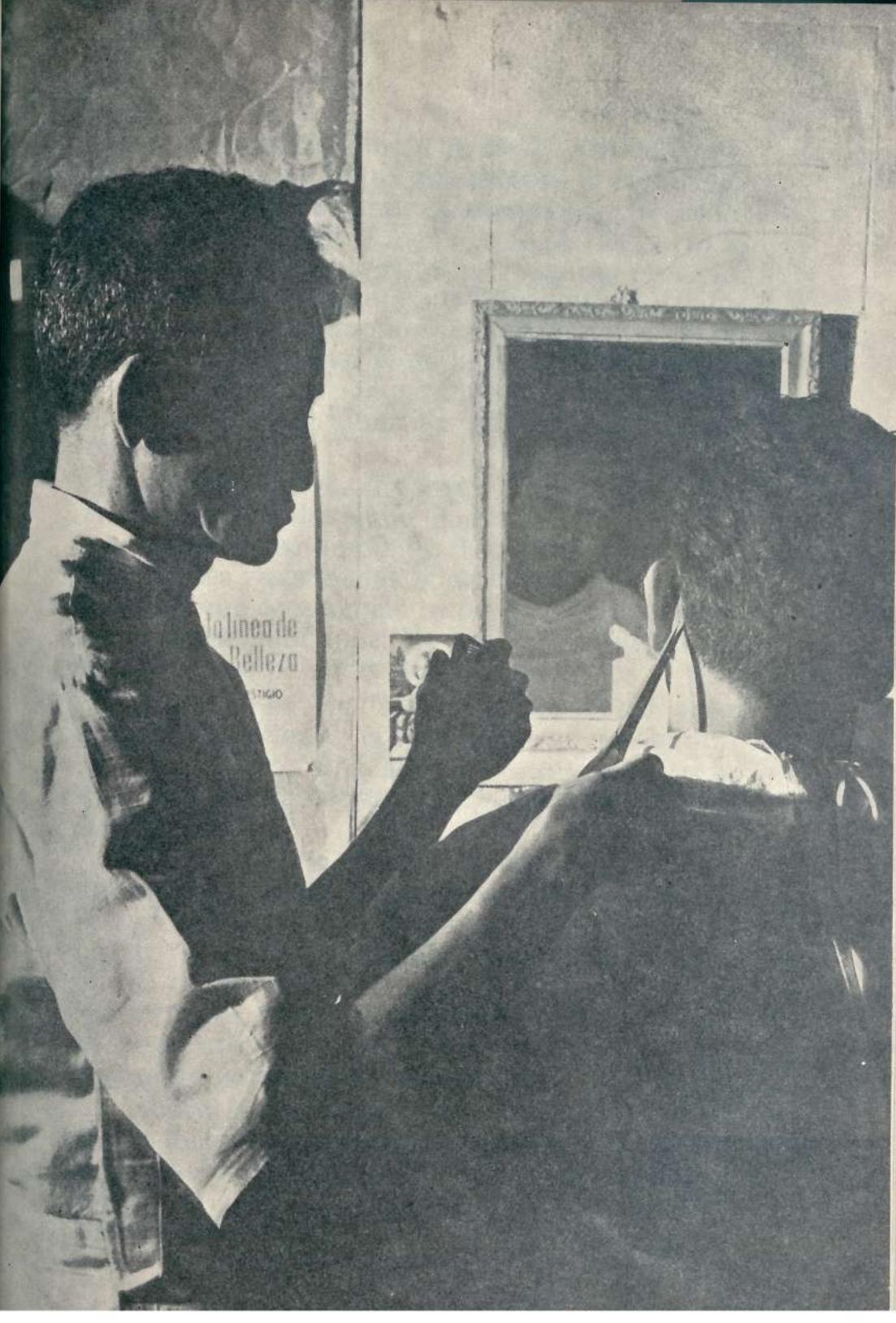
En las peluquerías hay ambiente de viaje, de estación, de tren que va a partir con pasajeros jóvenes y limpios. Nadie quiere marcharse, sin antes poner en orden los cabellos y destronar la barba. Nadie quiere irse, sin un poco de brillo en la cabeza, sin un poco de sol en la mejilla. Los clientes esperan, pacientemente, y hojean periódicos y revistas, mientras llega la voz del

vuelo por la luz del espejo, con alas blancas en la espalda, dobladas pero activas, porque elevan la frente hacia los sueños y los recuerdos, el rostro hacia una nueva juventud, y las palabras hacia las confidencias.

Quien entra a las peluquerías siente que va a recobrar la cara fresca de los veinte años, que va a retornar a los días en que no cabe la menor duda sobre la presencia del amor y la vida. Los muchachos dejan sobre el piso, vencida y deshecha, parte de la noche que oscurece sus frentes, y los viejos parte de la nieve que el invierno acumula en sus cabellos. Los peluqueros hacen el milagro: estrechan en sus manos las herramientas niqueladas, y con ellas cortan y pulen, perfuman y penetran hasta la seda más profunda.

Entre los clientes, y los peluqueros, siempre hay un vínculo cordial, un puente de silencio o de palabras, que para el caso da lo mismo, por donde nunca cruza la guerra. Sólo un recíproco deseo de convivir pasa por allí, mientras la peinilla hace su trabajo suave y maternal, y la navaja se desliza, como una caricia, por el cuello espumoso. De ahí que, para no romper esta alianza entre peluqueros y clientes, estos últimos tengan sus preferencias respecto a los primeros. Al ganadero le gusta que lo motile Juan, el que habla de pastizales y de toros, mientras realiza su labor, y al tipógrafo le agrada que lo arregle Pedro, el que, con su uniforme blanco y su corbata negra, atada con esmero, parece la primera página de un libro.

Hermosa es la lección de los peluqueros, la enseñanza que se desprende de sus manos a toda hora. Ellos insisten en que es posible renacer



la linea de
Belleza

ESTIGIO

siempre, y con su trabajo, modesto pero humano, abren caminos a la luz que atesora el hombre, y devuelven a las cabezas su esplendor, y a los labios la sonrisa que a menudo se pierde entre la barba. Los peluqueros, a su manera, predicen optimismo y enseñan a sus hijos, que son todos los clientes, tal como lo afirman estas líneas en un principio, a tener fe en la vida y a remover la oscuridad que se amontona sobre la frente, y amenaza con arruinar los pensamientos matinales.

Los peluqueros preparan a los hombres para las batallas del amor, inclusive a los tímidos, y con sus armas limpias y fragantes, vencen las más dulces resistencias, y en esta forma contribuyen a que crezcan las bodas y se multipliquen las cosechas humanas. No hay nadie que no deba algo a los peluqueros en este sentido.

Hasta el más solitario deposita en ellos, por lo menos una vez en la vida, parte de la esperanza cosechada en una mujer, en una sola, en la que pudo ser la esposa y no alcanzó siquiera a ser la novia.

La peluquería es un oficio blanco y tibio de humanidad. Oficio de hombres buenos y pacíficos, en cuyas manos cantan las tijeras, como un pájaro de metal con dos alas brillantes. La peluquería es una aldea del mundo, donde la vida corre sin prisa, y lentos rebaños espumosos, de jabón y de talco, se alimentan con hierbas temblorosas que le nacen al hombre.

Sobre las cabezas, como sobre rosas oscuras, se inclinan los peluqueros para hacer su trabajo. Ellos merecen, por lo menos, que les digamos en el amanecer: buenos días, amigos, jardineros del pelo.

la sastrería

EN LAS pieles de los animales salvajes los sastres dieron su primera puntada. Con cuchillos de piedra cortaron los pellejos más duros, desde el nacimiento de la cola hasta la punta de las orejas, para improvisar vestidos toscos, capaces de resistir la inclemencia de todos los climas y la dureza de las batallas diarias. Entonces era necesario pelear cuerpo a cuerpo con la naturaleza, con la lluvia, con los volcanes y las fieras. Los árboles devoraban a los niños, y en el pico de las águilas brillaban los ojos de los corderos.

Con el paso del tiempo se fueron perfeccionando los métodos de trabajo, hasta que apareció la sastrería como un oficio, como un país de telas tibias, con calles dibujadas, donde las tijeras hacen las veces de reinas y señalan el camino a las agujas y las hebras de hilo.

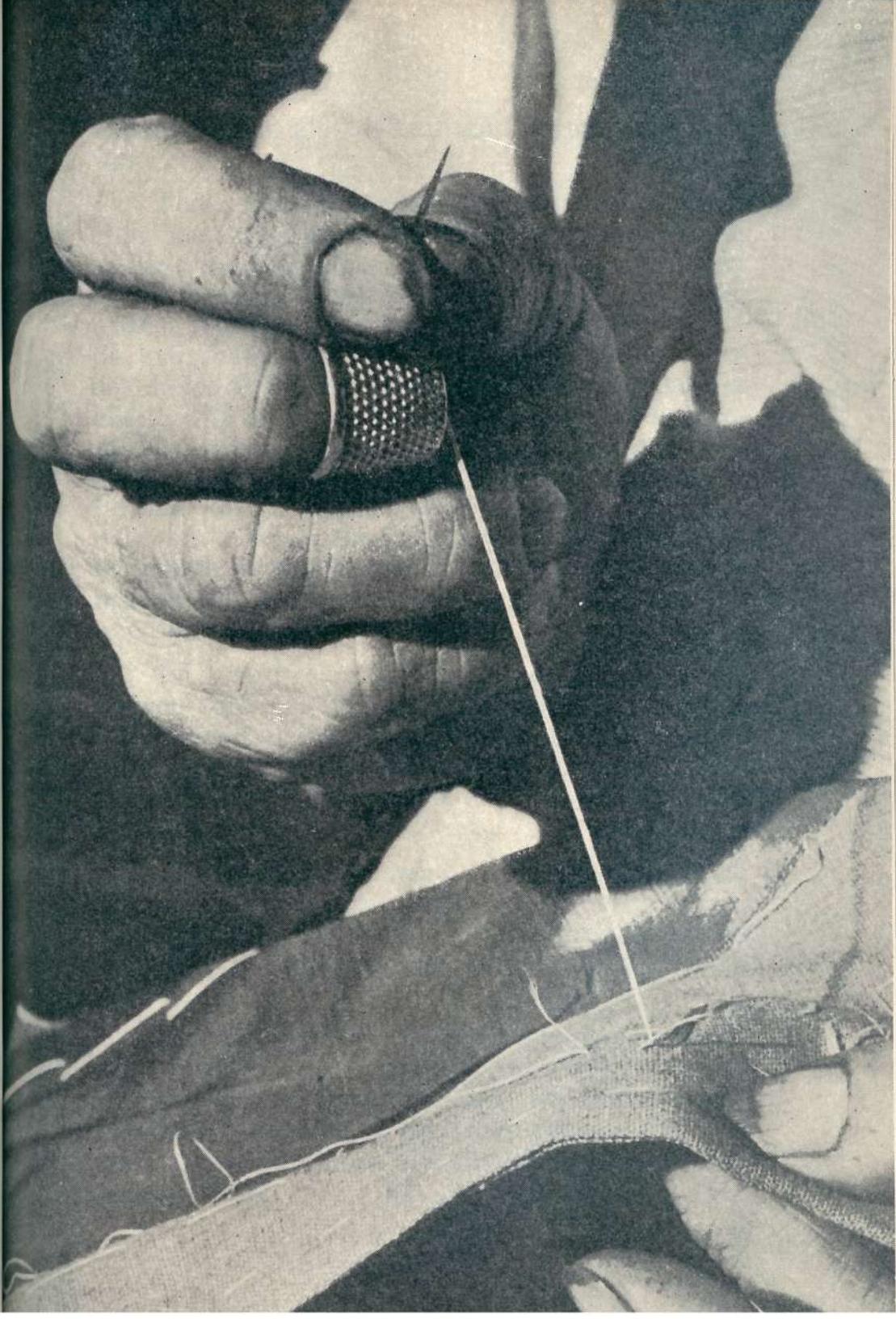
Los sastres son los reyes de este hermoso país. Gobiernan con sabiduría, encienden las es-

trellas de los botones, abren la flor de los ojales y llevan la costura, como un río delgado y laborioso, por todas las orillas de la ropa. Pero el reinado de los sastres es humilde. Su corona es de vidrio, de sudor, y su cetro es la tiza con que marcan el paño y prolongan el nacimiento de los trajes.

En los talleres de sastrería hay silencios profundos, momentos en que parece que los sastres se van y dejan a sus sombras el encargo de coser los vestidos. En los talleres pobres sobre todo. Cuando llega la noche y es necesario trabajar con velas, los rostros de los operarios se desdibujan y se proyectan en las paredes. Si acaso llueve afuera, en la calle, la lluvia forma parte de la faena y parece que son ellos, los operarios, los que tejen el aire con agujas mojadas.

En las sastrerías se aprenden muchas cosas menores y maravillosas. Se aprende, por ejemplo, a tener fe en el hilo. Este delgado personaje asombra. A pesar de que es débil y se rompe a menudo, puede con todo el peso de la ropa, gracias a su fuerza enterrada, a su tenacidad y su cordura. Se aprende también en los talleres de sastrería a bordear los abismos sin temor, tal como lo hacen las tijeras cuando cortan el paño y se ciñen al filo de las mesas.

Visiblemente humano es el trabajo de los sastres. Miden el cuerpo de los clientes, desde los pies hasta los hombros, pasando por el corazón, cuyas palpitaciones hacen temblar el metro que utilizan. Los números avanzan con la sangre, desde el uno hasta el cien, desde la cuna hasta la tumba. Las medidas que toman en la espalda hacen pensar en la libertad, en que nos van a



fabricar unas alas del tamaño de nuestros sueños.

Todos los hombres debemos a los sastres muchas alegrías ingenuas, muchos domingos con vestido nuevo y alma blanca. Quién no recuerda el día en que por vez primera se probó un traje, ante el sastre y sus ojos vigilantes y sabios, donde brillaban, como estrellas menores, las cabezas de los alfileres? Quién no estuvo en la sastrería alguna mañana de la infancia y miró las orejas de los maniquíes, con un poco de asombro? Quién no ha pensado, por lo menos una vez en la vida, en los sastres de los pueblos —abuelos de dedal y de aguja—, que sacan un taburete a la puerta de sus talleres y cosen pantalones de muchachos, mientras éstos elevan sus cometas o apedrean la tarde?

La historia de los sastres es la misma del cuerpo que nos dieron para gozar y padecer. Cuando crecen los huesos, ellos aumentan las medidas, y cuando los miembros empiezan a encogerse para volver al polvo, ellos las reducen hasta donde lo exige la agonía.

Creadores de riqueza son los sastres. Creadores de tibieza para defendernos del invierno. Del calor nos defienden, igualmente, con driles frescos y puntadas claras, cuando llega el verano.

Siempre será maravilloso estrenar un vestido. Y ningún momento mejor que este, para expresar nuestra gratitud hacia los sastres, sonriéndoles desde lejos, desde un parque con músicos, y pensando en sus planchas como en soles de plata.

los choferes

AY UN rumor de máquinas que marchan velozmente por carreteras y avenidas del mundo. Tras estas máquinas el polvo se levanta y empaña los paisajes rurales y los follajes de los árboles. Los motores se beben las distancias, devoran los postes del telégrafo y del alumbrado, las llanuras donde pastan caballos de carbón y toros de azafrán, y aún el surtidor que refresca las plazas de los pueblos y trata de llegar hasta el cielo con su hilo de música. Pero el acero y el hierro no se desplazarían en la forma indicada, si no fuese por los choferes y la pericia de sus manos. Ellos castigan la pereza de los metales, ponen en marcha los vehículos y los gobiernan con valor y con sabiduría.

Activos y tenaces auxiliares del progreso de la humanidad son los choferes, mas no los que conducen automóviles en forma deportiva y despreocupada, y con la sola intención de divertir-

se, sino los que realizan este oficio, tan duro y a la vez tan alto, por vocación, por necesidad, o inclusive por imperativos indescifrables.

Choferes de las ciudades y las carreteras. Los primeros giran incansablemente en torno de los parques y de los edificios, en busca de trabajo, o con pasajeros que se comportan como tales, y apenas dejan una brizna de su alegría o de su pena en los vidrios y los cojines de los taxis. Los segundos horadan con sus máquinas los paisajes campesinos, hacen temblar los valles que cruzan raudamente y coronan las montañas más altas con lentitud y con paciencia, abrumados por el peso de la carga y amenazados por la profundidad de los abismos. Unos y otros tienen que batirse duramente con las dificultades. De día y de noche los persigue el peligro, los estrecha la muerte contra los muros y los barrancos, y la vida los obliga a despreciar el miedo y a no darse reposo.

No todos los choferes son hombres buenos. Hay conductores que a menudo cometan falta de diversa índole. Pero los errores de unos pocos, así sean inexcusables y frecuentes, no pueden servir de base para juzgarlos a todos con rudeza y con odio. Esta actitud, que suele darse a diario, por desgracia, además de una torpeza es una injusticia. Errores se cometen en todos los campos de la actividad humana, y, en más de una ocasión, los reyes han empañado su corona y los ríos su desfile de espejos.

Desde el amanecer hasta la noche, y desde la noche hasta el siguiente amanecer, muchas veces trabajan los choferes, no solo frente al t

món, que se vuelve brillante y obediente, a fuerza de ser acariciado por las manos, sino también frente a la oscuridad de las fallas mecánicas. Tendidos bajo los automóviles y los camiones, y avaramente iluminados por el sudor que mana de sus poros, los choferes reparan las piezas que se rompen y las instalaciones que se funden. En tales circunstancias, se tiene la impresión de que van a agrietarse con el peso de los automotores, pero la verdad es que retornan a la luz y a recibirlos sale el viento, el cual, en honor de ellos, agita la cinta de la carretera y la llena de música y aromas forestales. Cuando es en la ciudad donde recobran la posición vertical, después de trabajar en el suelo y en la sombra, son los curiosos quienes los aplauden calladamente, mientras los edificios, desde arriba, desde los últimos pisos, miran con los ojos de las ventanas lo que ocurre en la calle y en vano tratan de emocionarse y contradecir el egoísmo del cemento.

Hombres de carne y hueso son los choferes, y, como tales, merecen mayor estimación que los vehículos que conducen, así se trate de aparatos flamantes y costosos. Son superiores a la máquina y así debe mirárseles. Son ellos los que humanizan el metal, los que ennoblecen el timón con el calor de las manos y la sangre, los que dejan en los pedales la ternura y la rudeza de sus pies, los que obligan a los motores, en las pendientes, a jadear como seres vivos, los que, al frenar, de repente, hacen pensar en un corazón que se detiene, de repente también, los que sueñan con alas al hundir el acelerador, los que, al hacer los cambios, sienten que son las propias articulaciones las que responden y obedecen, los que se mi-

ran en el espejo que llevan frente a su puesto de comando y lo convierten en morada del rostro y de los gestos más cotidianos y más simples. El verdadero resplandor de los automotores, es el que se desprende de los choferes, de su categoría universal y de su condición humana.

Aprenden su oficio de conductores, con paciencia y con entusiasmo. El aprendizaje los acerca a la realización de sus sueños: al pan de la mañana y la tarde, a la mujer que los espera para multiplicarlos, a los hijos que heredarán la rueda en el futuro, y, con ella entre las manos prolongarán por el mundo la pericia y la sangre del padre. El dominio de las máquinas es ya su plenitud, su incorporación definitiva al cuerpo y al ritmo de la comunidad.

Parte esencial de su trabajo y su sabiduría es el conocimiento de las carreras y las calles que cruzan las ciudades, lo mismo que el de las vías que universalizan los villorrios más apartados. Carreteras, calles y vías, llegan a formar parte de la red de sus venas y la urdimbre de todos sus tejidos vitales.

Las llantas que montan bajo el sol y la lluvia, al igual que todos los esfuerzos que hacen para defender a los vehículos de la herrumbre, la muerte, son testimonio de su lucha diaria y aún de su ternura. Esta se manifiesta cuando acarician el metal para sacarle brillo y estrechan los cuerpos contra los resplandores que producen. Los carros quedan como espejos y las almas de los choferes, frente a tanta luz, se vuelven buenas e infantiles.

Sentados en sus tronos de cuero y frente a los vidrios donde se reflejan las golondrinas y las nubes, van y vienen los choferes, con su bandera de polvo y su estrella pulida por el viento. Ellos acercan a los hombres, lo mismo que a los pueblos, y llevan hasta el mar el aliento de las montañas y la respiración de los caballos.

la juguetería

O ES absolutamente necesario escribir versos para ser poeta. Hay seres que nunca han juntado dos palabras, con la intención de hacer un poema, y que sin embargo pueden reclamar para sí un sitio en el mundo de la poesía. Los hombres que fabrican juguetes, por ejemplo, son poetas y dejan en la madera y en otros materiales igualmente nobles, su mensaje y su canto.

Quienes dedican su vida a crear motivos de alegría para los niños, y, a cambio de este hermoso oficio, sólo reciben un pedazo de pan para su mesa de obreros, tienen que ser poetas, o por lo menos pertenecer, en una u otra forma, al linaje de las sustancias que alimentan e iluminan el árbol de la poesía. Los jugueteros, si así puede decirse, son más que dobladores de alambre, más que simples artesanos. En sus corazones hay una lucecita anhelante, un poquito del fuego de

las estrellas, un grano de la inocencia y la ternura que brilla en los ojos de todos los niños del mundo.

Algunos hacen soldaditos de plomo, brillantes y marciales. Soldaditos que, a pesar de su fusil en miniatura y su rostro severo y hermético, endulzan las horas de los niños y aún de los mayores. Los ejércitos de las jugueterías son los únicos que no duelen, los únicos que no pierden en la guerra una sola brizna de pureza y de amor.

Otros trabajan con trozos de madera, pacientemente pulidos con el filo de una navaja. De las manos sabias, enamoradas de su oficio, salen conejos y palomas. Conejos que los niños, más tarde, abrigan con sus propias mantas y acarician como a hermanitos menores. Palomas que vuelan en la imaginación de los pequeños, tal como lo hacen en la realidad, y se posan en las torres de las iglesias. La madera responde a quien la trabaja, con amor, y deja que el acero penetre en sus fibras vegetales, sin ofrecer mayor resistencia, con tal de que haya niños felices en la tierra.

Con alambre también trabajan los jugueteros, los sencillos y fieles amigos de los niños. Con alambre fabrican cunas, donde las niñas mecen su instinto maternal. Con las cunas llegan los cascabeles, los muñecos, las jaulas, y es así como, lentamente, se van convirtiendo en realidad los sueños de la gente menuda.

Los fabricantes de juguetes dan al mes de diciembre, como por arte de magia, colorido y belleza. Los que salen a vender su trabajo por las



calles de la ciudad, parecen árboles cargados de faroles, árboles de navidad, justamente, que pasan por el mundo su perfume y su sombra. Todo el año trabajan en las casas y los talleres, para que haya abundante felicidad al final del camino, y para que las manos de los niños que aspiran a ser navegantes, tengan un buque en miniatura, con las velas hinchadas por el viento y una gaviota de cartón en el palo más alto. Diciembre debe a estos hombres su esplendor, su estrella de papel plateado, sus rebaños menores, trepando por colinas de musgo, y las cometas que cabecean perezosamente en los brazos del cielo.

Los que ya no somos niños, los mayores, los que comenzamos a mirar el atardecer con un poco de tristeza en el alma, y aún los ancianos, que son el principio de la noche, tenemos una obligación de amor y reconocimiento para los fabricantes de juguetes. Gracias a ellos fuimos dichosos en el pasado y miramos el mundo como una prolongación del paraíso. Quién no recuerda los años de la infancia, los trompos de colores dando vueltas sobre la palma de la mano, y el padre joven todavía, acercándose a nuestro deseo con paquetes azules bajo el brazo? Por encima del tiempo tendamos la mano a los obreros que nos hicieron felices, y si acaso han muerto, pongamos una flor sobre sus tumbas.

Merecen especial admiración y gratitud, los que trabajaron y aún trabajan con las solas manos. Los más pobres, los más poetas, los que dejan en los materiales el calor de la sangre, la huella de los dedos iluminados por la emoción. Las herramientas simples que utilizan no alcanzan a

deshumanizarlos, y los juguetes que hacen tienen algo del alma de la patria. Son los que ofrecen en las esquinas, cuando llega diciembre, alcancías de barro, con forma de naranja, y pajarritos de madera con los picos pintados de amarillo.

Después de la muerte, los fabricantes de juguetes son los que más derecho tienen a ser ángeles, y a pedir al Señor que venga pronto el día en que florezca la justicia en el mundo, y ningún niño se quede sin regalos por la época de navidad.

los ascensoristas

HASTA los últimos pisos de los edificios se elevan lentamente. Pero no desembocan en el cielo, pero no recobran la libertad, pero no pueden llegar hasta las nubes y detenerse en ellas, como en húmedas estaciones nevadas. Todos sus intentos, al menos en cuanto hace relación a la libertad a que me acabo de referir, son inútiles. Mientras los ascensores suben, uno abriga la esperanza de que se trata de un viaje sin interrupciones. Sin embargo, todo no es más que un sueño, cuyas imágenes se desvanecen, cuando el ascensor comienza a descender de nuevo y a sepultar sus cables en las bodegas de los edificios.

Presos en sus jaulas de acero, los ascensoristas suben y bajan, ganan y pierden, florecen y se marchitan. Durante todo el día enrollan y desenrollan sus cuerdas engrasadas. Mas no se quejan de su faena anónima y rutinaria. Como todos los hombres del pueblo que hacen trabajos

menores, en el sentido de que casi nunca se reconocen ni se pagan justamente, los ascensoristas callan y sueñan, ascienden hasta los últimos pisos cuantas veces sea necesario hacerlo, y tal vez piensan que afuera, en las calles, el sol pasea con los niños pobres y pinta caballos amarillos, de todos los tamaños, sobre los muros de los almacenes y las fábricas.

La guerra de los ascensoristas es su paz, aunque resulte contradictorio. Nos elevan a todos los seres, uno y otro día, una y otra vez, y en esta forma luchan contra la falta de alas. Infinidad de veces pierden la batalla, porque casi todos los pasajeros regresan a la tierra, abrumados por el peso de los papeles importantes y sometidos por la codicia y la vulgaridad. Pero en algunas ocasiones alguien se queda arriba; alguien que sueña con una vida alta y noble para todos los seres. He ahí la victoria de los ascensoristas y la anticipación de porvenir.

Cuánto hay que agradecer a estos hombres y mujeres que gobiernan los ascensores! Nos enseñan, en primer lugar, a hacer de cada derrota, de cada descenso, un nuevo impulso, un nuevo deseo de ascender y contradecir el infortunio. Llevan cartas y dulces por entre las paredes de cemento. Llevan pan a los albañiles que trabajan en los pisos más altos. Defienden a los viejos de las escalas y de los sacrificios que éstas imponen. A pobres y ricos ahorran muchos esfuerzos físicos. Hay corazones que palpitán todavía, gracias a los ascensoristas, y, gracias a ellos también, hay hombres que recobran la niñez a menudo: cuando los ascensores comienzan a deslizarse por los rieles, hacia arriba, y un miedo

dulce y hondo se apodera del alma. Democrática y tiernamente, los ascensoristas nos conducen a todos: a los niños los elevan como ramos de flores y a las mujeres que van a ser madres las acercan al hijo, a la estrella que esperan, sin hacerles el menor daño y sin exigirles una sola gotera de sudor.

Muchachos del pueblo, muchachas del mismo linaje popular, hombres con mucha nieve en la cabeza, pero con pocos deseos de renunciar a la vida, mujeres que perdieron sus esposos, pero que conservan la esperanza de ser útiles y honradas, y muchas gentes más, pobres y activas, forman la familia de los ascensoristas. De pie, o sentados en banquitos de madera, en un ángulo de los ascensores, trabajan durante el día y aun por la noche, en hoteles y edificios iluminados. No hacen ruido porque el aceite es generoso con ellos y les ayuda a crecer en forma suave y silenciosa. Llegan a tal extremo de pericia, que oprimen los botones sin mirarlos, mientras leen una novela de aventuras o vuelven al pasado, a rehacer la casa de la infancia y a sentir nuevamente, sobre el rostro, la sombra de los árboles que habitaban el patio.

El día domingo no trabajan. Pasean por los suburbios, compran helados en los parques, se embarcan en las naves de las iglesias y navegan en las oraciones, estrenan camisas, montan en bicicleta, descansan en brazos de la hierba o de una vieja silla mecedora. Y si acaso es diciembre, contemplan los globos con un poco de asombro, infantilmente, y se les ocurre que los globos son ascensores y que ellos van adentro, gobernando el papel y la candela.

Es injusto olvidar a los ascensoristas y pensar que el trabajo que realizan no tiene mayor importancia. Ellos también pertenecen a la familia humana y son los que más acarician, interiormente y en forma vertical, la casa de los hombres. Frente a las construcciones gigantescas se siente un poco de tristeza y de soledad. Pero los ascensoristas humanizan las moles de cemento y de piedra. Entre los muros que encajonan a los ascensores, la sangre de los ascensoristas, que circulan hacia arriba y hacia abajo, representa la ternura de toda la humanidad y al mismo tiempo simboliza el vigor de la vida, la cual conserva su esplendor, en medio de los fardos más pesados y de las noches más estrechas.

Tras el uniforme de los ascensoristas, hay hombres y mujeres que aspiran a volar realmente, no ya entre un cajón acerado, sino entre un viento incontenible. Yo pienso en ellos con frecuencia y mi imaginación los vuelve del tamaño de sus aspiraciones y de mis propios deseos. Es posible elevarlos a cada paso, mas no con la intención de que pertenezcan al mundo de los sueños y compartan la suerte de los pájaros dibujados con el dedo, sino con el propósito de que se incorporen, realmente, al ritmo de la humanidad y conquisten, a la vez que el respeto y el cariño de todos los hombres, la certidumbre de que el trabajo que realizan es de verdad un modo de ascender, de asegurar el pan de todos los días y la ventana que permite mirar el horizonte sin turbación y sin tristeza.

Regresan los ascensoristas a sus hogares, cuando la oscuridad empieza a caer sobre las estatuas y los enamorados de los parques. Por la

noche descansan y sus pequeñas camas hacen las veces de ascensores. En ellas ascienden hasta los anhelos más altos y descienden hasta los sueños más hondos.

Somos un poco ascensoristas, cuando aspiramos a elevar la vida y soñamos con un día muy alto, pero al alcance de todos los hombres.

los electricistas

MIRAR a los electricistas en lo alto de las escaleras, en plena actividad, haciendo su tarea, es cosa que conmueve y despierta sentimientos de gratitud y admiración. Trabajan para que haya más luz en la tierra, para combatir la oscuridad, para cerrar el paso a la noche, que avanza por los caminos del mundo y deja en las piedras sus huellas enlutadas.

En silencio unen las puntas de los alambres, y de sus manos saltan chispas azules y rojas. No se asustan con el peligro que los rodea casi permanentemente, y nunca hacen ostentación de su valor. Cuando alguno es alcanzado por la muerte y su rostro se convierte en ceniza, los otros callan con mayor obstinación, ponen una flor sobre la tumba del compañero desaparecido, y

después vuelven a la faena diaria, con la humildad y el coraje de siempre.

Los obreros de la luz, dicen de ellos algunas personas, tal vez sin darse cuenta de que, al afirmar tal cosa, construyen un verso limpio y hacen justicia a unos hombres claros. Ciertamente son los obreros de la luz que inunda las lámparas, y de la energía que mueve las ruedas de los trenes, y hace posible el progreso de las naciones y los pueblos. Tienden cables en el cielo, cerca de los aleros de las casas, para que por ellos corra la electricidad a encender estrellas de vidrio y a iluminar la mesa, el pan, el libro de los estudiantes, la costura de las mujeres pobres y el vino de los ebrios. Llevan los alambres hasta los sitios más remotos, por encima de bosques y de ríos, y propagan la claridad por las casas de los campesinos y las gargantas de las minas.

En los hilos que los electricistas tienden, bajo los rigores de la lluvia o el sol, y como una recompensa a sus esfuerzos y vigilias, crecen hojas de hierba y se posan las golondrinas. A unas y a otras las mece el viento. Hay días en que los hilos tiemblan como las cuerdas de una guitarra gigantesca, y el mundo se llena de música.

Pacientemente aprenden los electricistas su oficio luminoso. Pacientemente trabajan después en el corazón de las ciudades y los pueblos. Gracias a ellos, por la noche, los edificios parecen habitados por las estrellas, y los parques tienen



lunas artificiales sobre columnas de cemento. Gracias a ellos, igualmente, la luz se hace presente cuando comienza a anochecer, e impide que la cal de los muros sea devorada por la oscuridad, y que el llanto humedezca los ojos de los niños. Podría afirmarse que las goteras de sudor de los electricistas, son las que iluminan el mundo por la noche, las que se vuelven peras de cristal, con soles por dentro, en las habitaciones y las calles.

Cada hijo que los electricistas sacan de la sombra, del amor y el misterio, es más luz para todos los hombres. El pequeño prolonga siempre el resplandor del padre, lleva más lejos los hilos por donde viaja la energía, por donde marcha el sol de los obreros, con sus veranos industriales.

La sabiduría de los electricistas es maravillosa, como la de todos los hombres que aman un oficio y a él dedican su existencia. Conocen los secretos de las materias aislantes, saben rehacer la unidad de los primarios, para que el alumbrado de una avenida o de un teatro recobre su plenitud, y no ahorrán esfuerzos para remediar la fractura minúscula que de repente impide la marcha de los telares y los trenes. No ignoran tampoco que Dios es fuente inagotable de luz, y rezan oraciones sencillas para recibir la mañana y despedir a sus muertos.

Con cascós en la cabeza, con botas de caucho, con alicates y escaleras, recorren la ciudad, de uno a otro extremo, y en todas partes dejan la huella de sus manos y su eficacia. Generosamente contribuyen a que la vida de toda la comunidad sea menos oscura, más agrupada en torno del sol, más armoniosa y resplandeciente.

No es al poeta, únicamente, a quien corresponde escribir la canción de los electricistas. Todos los hombres deben concurrir a la cita con el poema naciente. Que vengan, pues, los niños con una palabra inocente y los viejos con una palabra sabia. Que vengan todos, con las voces que más convienen a la ternura universal, a tender la mano a los electricistas, y a decirles, una vez más, obreros de la luz capitanes del amanecer.

la alfarería

DESDE que el mundo es mundo existe la alfarería. Desde mucho antes si se quiere. Dios fue el primer alfarero. Las manos del Señor, con barro, amasaron al primer hombre, y dieron principio al linaje humano, al llanto, a la canción, a la música de la sangre. La tierra siempre invitó a todos los seres a dejar en ella el rastro de sus viajes y de sus luchas, la historia de sus pasos, unas veces arrebatada y ciega, y otras, por el contrario, lenta y matinal, como en el caso, por ejemplo, de las ovejas que pastan sobre una colina.

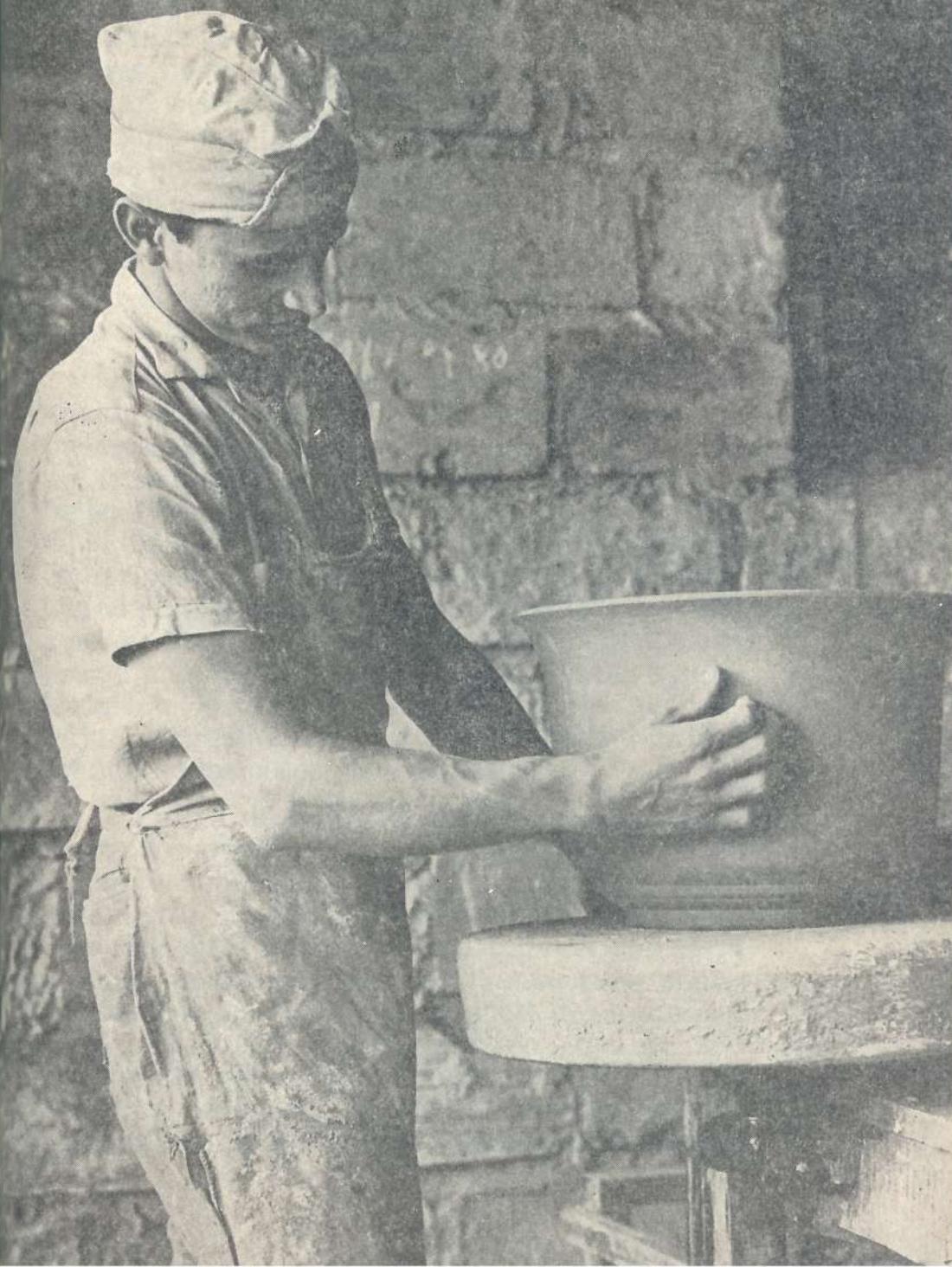
Naciente alfarería fueron las huellas de los pies y de los cascos en el polvo de los caminos, los huecos que dejaban en la tierra mojada, las rodillas que se hincaban para rezar, las figuras que formaba el agua de los ríos crecidos, al golpearse contra los barrancos y los montes. Incipiente presencia de los vasos de barro, que más tarde

albergarían el vino y serían besados por los labios de millones de seres, fueron los cráteres de los volcanes, que se veían desde lejos, rojizos y paganos. Y prólogo de los cántaros que con el paso de los días llevarían las mujeres sobre sus hombros, como niños morenos, fueron los volcanes también, pulidos y alargados por las lluvias y las tormentas.

Todos somos un poco alfareros, porque somos de tierra y barro, y esta circunstancia nos impulsa a buscar en la materia de que estamos hechos, nuestro sonido y nuestra propia imagen. Desde la infancia tratamos de materializar nuestros sueños y hundimos las manos en los arenales. Y, más tarde, cuando llega la muerte, buscamos la greda más profunda, para ahuecarla con nuestros cuerpos pálidos e inmóviles.

Pero los alfareros auténticos son los que se enamoran del barro y se pasan la vida acariciándolo con los dedos, convirtiéndolo, con las caricias, en obras de arte, en testimonios humanos, en objetos que conservan siempre el calor de la sangre. Los alfareros, como los amantes, vencen la resistencia de la tierra amada, y sacan de ella el hijo de sus sueños. Tal vez la alfarería es el más amoroso de los oficios. Si llegase a tener un repentino soplo de Dios, como al principio del mundo, seguramente le nacerían alas, y, extraños pájaros, con forma de cuna o de colmena, cruzarían el cielo.

Trabajan los alfareros con barro de todos los colores, es decir, con lo que queda de los muertos. Con barro de los labios que se han ido, que es el más rojo. Con barro de los ojos que se



han cerrado, que es el más negro a veces, y a veces el más verde y el más azul. Con barro de los dientes destronados, cuya blancura sirve para amasar vasijas castas. Cuando los alfareros comienzan a dar forma a la greda y a depositar en ella las brasas de su imaginación, lo que realmente hacen es rescatar a los muertos, devolverles la vida, y elevarlos hasta las mesas y los manteles, con un nuevo rostro que, aunque inmóvil, puede sentir sobre su boca, si es una jarra fresca, el beso de las bocas ardientes.

Los pueblos donde la alfarería es un oficio amado y preferido por viejos y por jóvenes, son pueblos claros y pacíficos, cuyo cielo, en el verano, tiene el aspecto de los hornos encendidos, y la belleza de los pájaros que aletean en un solo sitio de la luz y del aire, para que los hombres puedan copiarlos en el barro y perpetuarlos en el limo. Quien dice pueblos alfareros, se refiere con ello a seres laboriosos y sensibles, que se agrupan al pie de una colina o junto al mar, a hacer su historia con los dedos, y a dejar en la tierra que trabajan, su gesto peculiar y su manera de sentir el mundo de los peces y de las plantas.

El alma de todos los países, especialmente los de América, está en la alfarería, más no de cualquier modo, sino suavemente abultada, amorosamente pulida, ardientemente impuesta. América, cuya tierra se mueve todavía, con furia a veces, para completar su formación, es continente de alfareros, oloroso a grieta de montaña y a materias volcánicas. Los alfareros de este lado del mundo, sobre todo aquellos que más fuerza creadora heredaron de sus antepasados, alfareros también, indios brujos y sabios, prolongan el

oficio de los abuelos, y casi que se oye palpitar en sus dedos la primera burbuja de las tribus.

El más antiguo de los oficios, el más acariciado de los trabajos humanos, sobrevive y espera nuevas manos activas, nuevas formas modernas y victoriosas. El barro sueña rostros, la greda piensa vasos y palomas, la tierra entera, amigos, llama a los alfareros, para que la acaricien y descifren su sueño y su memoria.

la minería

LA MINERIA es un camino entre la tierra, estrecho y oscuro, por donde el hombre llega hasta los metales, hasta los panes de oro que la tierra amasa con sus manos mojadas. La minería se parece más a una guerra que a un trabajo. Los mineros combaten con las rocas, con la oscuridad de los socavones, con el azufre de las zonas volcánicas, y en todas partes dejan sus huellas valerosas. Avanzan lenta y peligrosamente. Sus herramientas brillan en la sombra y desprenden chispas azules cuando se clavan en el riñón de la montaña. Mineros fabulosos! Sudan copiosamente y sus cuerpos desnudos se llenan de diamantes. Ponen sus golpes sobre los nudos de la geología, rompen las cortezas más duras, violan los secretos más hondos, y llevan a los muertos el mensaje de los gorriones.

Entre los mineros y las estrellas que persiguen está siempre la noche. Ellos tienen que des-

pedazar la sombra, agrietar el carbón y machacar el sueño de los montes, para poder hallar el paraíso, la fuente de la felicidad y el infortunio, el cielo y el infierno. A veces terminan sus vidas donde comienzan los metales más codiciados. De repente se les viene encima la montaña que horadan, la mole que perforan con el taladro, y desaparecen para siempre, con la boca llena de pantano y de burbujas turbias. Dramática es la muerte de estos hombres. No tienen lecho para agonizar, ni oraciones para irse de este mundo, ni caja de pino, labrada por el carpintero del pueblo, para guardar sus huesos y ocultar sus espermas apagadas. Parten de un solo golpe y ni siquiera tienen tiempo para hacerse en la frente la señal de la cruz. Pero Dios los recibe en las alturas, como a viejos amigos, y les pone en la espalda dos alas de platino.

El valor de los mineros es solo comparable al de los héroes de las leyendas. No retroceden nunca. Su combate con la tierra es tan viejo como la tierra misma. Desde que el primer hombre, temeroso y oscuro, comenzó a refugiarse en las cavernas, están luchando con el polvo más apretado, con el barro más hondo. En las plazas de los pueblos mineros, por la noche, cuando el silencio cae sobre la hierba y las estatuas, se oye el trabajo subterráneo, el golpe de las picas, la vibración de las colmenas de oro. Si se pone el oído en el suelo se puede escuchar la respiración de los más fuertes y las pausas que hacen, hondas y roncas, para tomar aliento y renovar el aire en los pulmones. Tan entrañablemente se confunden con los elementos, que a veces parece que son éstos los que palpitan y penetran en su propia sustancia.

Hay mineros fluviales. Estos lavan la arena, la mecen en bateas, como en cunas, para separarla de su alma dorada. Desde las ventanillas de los trenes que bordean los ríos, se ven los cuerpos inclinados sobre el agua, se distingue el movimiento rítmico de los brazos y la ternura de los mismos: parece que arrullan a los peces y prolongan el sueño de los remansos. Loados sean también estos mineros. Son del mismo linaje de los otros, de los que se entierran vivos y envueltos en sudarios de dinamita.

Todos los mineros sean cantados y admirados. A ellos se debe que haya carbón en las cocinas, petróleo en las refinerías, acero en la cintura de los buques, hierro en la reja del arado y collares en el cuello de las mujeres. A ellos se debe buena parte de la luz del mundo, de las cosas que brillan y redimen. Reciben poca ración de pan y de amor. Merecen más trigo, más afecto, más justicia. Merecen una canción, tejida por todos los hombres, con palabras blandas y tibias, con lana de ovejas si es posible, para que recuesten en ella sus cabezas cansadas y dramáticas.

Cuánta ternura en el corazón de los mineros! A primera vista parece que son duros y forman un solo cuerpo con las rocas, pero la verdad es que su dureza no es más que una armadura. Tras de sus formas angulosas hay siempre un hombre simple y bueno, una rosa que se abre, un perfume que vuelve, un niño que levanta su cometa y la guarda en las nubes.

Cuando los mineros abandonan los socavones y el cielo los recibe con pájaros, con un aplau-

Hay mineros fluviales. Estos lavan la arena, la mecen en bateas, como en cunas, para separarla de su alma dorada. Desde las ventanillas de los trenes que bordean los ríos, se ven los cuerpos inclinados sobre el agua, se distingue el movimiento rítmico de los brazos y la ternura de los mismos: parece que arrullan a los peces y prolongan el sueño de los remansos. Loados sean también estos mineros. Son del mismo linaje de los otros, de los que se entierran vivos y envueltos en sudarios de dinamita.

Todos los mineros sean cantados y admirados. A ellos se debe que haya carbón en las cocinas, petróleo en las refinerías, acero en la cintura de los buques, hierro en la reja del arado y collares en el cuello de las mujeres. A ellos se debe buena parte de la luz del mundo, de las cosas que brillan y redimen. Reciben poca ración de pan y de amor. Merecen más trigo, más afecto, más justicia. Merecen una canción, tejida por todos los hombres, con palabras blandas y tibias, con lana de ovejas si es posible, para que recuesten en ella sus cabezas cansadas y dramáticas.

Cuánta ternura en el corazón de los mineros! A primera vista parece que son duros y forman un solo cuerpo con las rocas, pero la verdad es que su dureza no es más que una armadura. Tras de sus formas angulosas hay siempre un hombre simple y bueno, una rosa que se abre, un perfume que vuelve, un niño que levanta su cometa y la guarda en las nubes.

Cuando los mineros abandonan los socavones y el cielo los recibe con pájaros, con un aplau-

so de alas, es como si retornaran de la muerte, como si todos resucitaran en los brazos de sus mujeres. Viene después la minería del amor. Cavan en las cunas, suavemente, y despiertan el hijo que habrá de prolongarlos en las arrugas de la tierra.

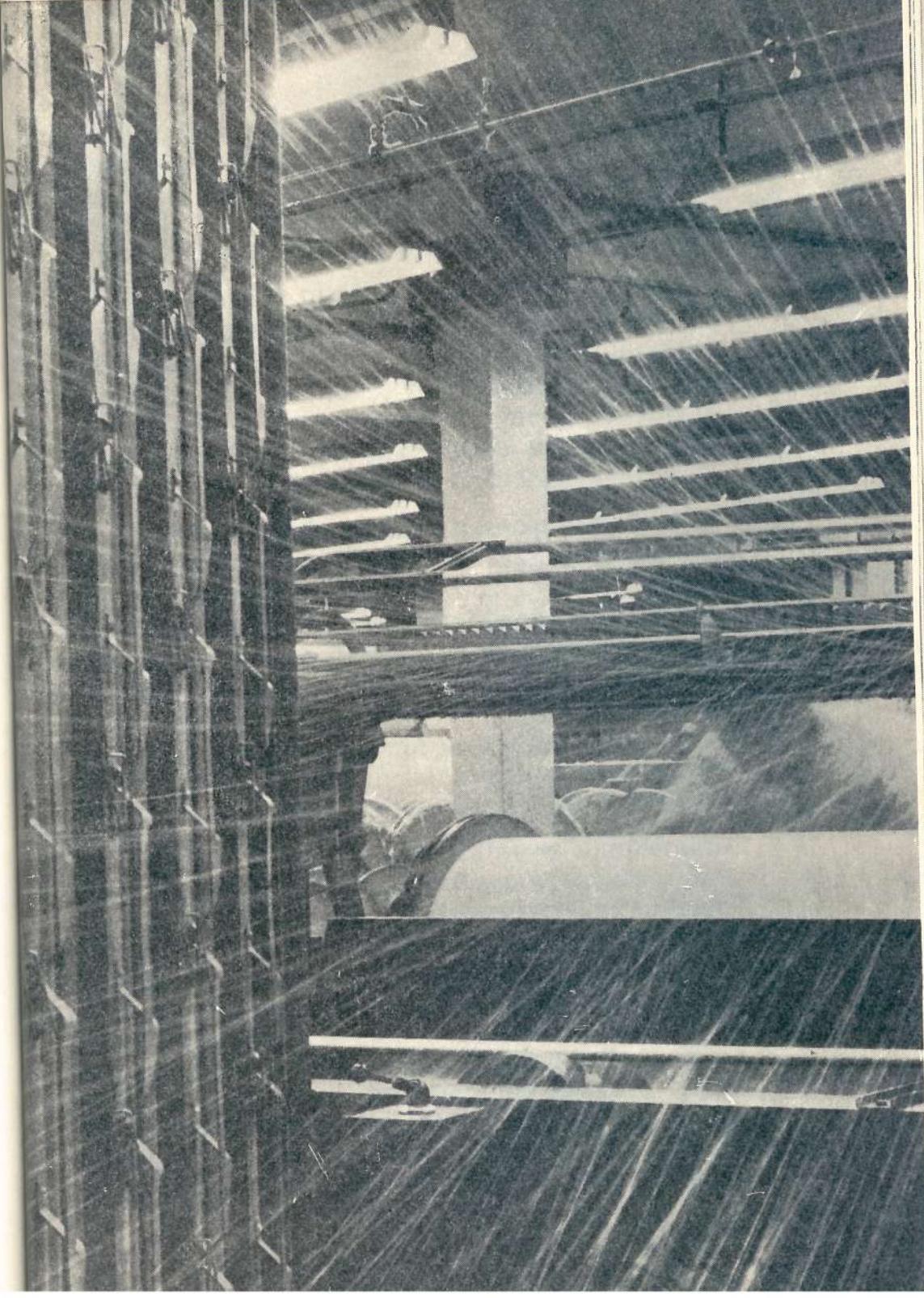
los tejedores

EL VIENTO agitaba solamente las hojas de los árboles y los cabellos de los hombres, antes de que éstos, movidos por la necesidad de protegerse contra el frío, y a la vez adornarse y ocultar su desnudez, comenzaran a hilar y a producir las telas. Al principio la materia se adelgazaba con dificultad y con torpeza entre las manos de los hilanderos, y las primeras mantas cubrieron los cuerpos y los lechos, no solo con ingenuas reuniones del hilo, sino también con fuertes colores de la tierra. Las fibras, casi crudas, diseminaban en el aire aromas vegetales, y el mundo se fue colmando de frazadas, de banderas, de linos y manteles. Fue este el principio de la textilería, de los tejedores, del oficio que hacía falta al hombre para que su pudor tuviese una morada, y su piel un verano permanente.

Con rumor de telar llegaban las semanas, los meses y los años. Las manos iban y venían con el hilo. Los ríos corrían industrialmente y formaban la gran tela del mar. Las arañas competían con los hombres. En el cielo se reflejaba a veces la urdimbre elemental, la faena incipiente, y grandes nubes de algodón, empujadas por ángeles, alimentaban el trabajo. Hasta que vino en forma la textilería, el humo de las fábricas, el brillo y la eficacia de las máquinas, y en medio de todo esto, los obreros y su calor humano, las obreras y su ternura maternal, la sangre laboriosa de unos y otras, finalmente, y los hijos entretejidos por los días y las hazañas del amor.

Vieja, pues, y a la vez reciente, de esta mañana, es la familia de los tejedores. Un hilo invisible los reune a todos. Un hilo que viene de lejos, de mano en mano, prolonga hasta nuestros días el trabajo y la sangre de los primeros hilanderos. Es el mismo hilo que, actualmente, cuando llueve sobre las fábricas, hace las veces de un relámpago blanco. El mismo que los niños utilizan para arrastrar sus carros de madera y elevar sus cometas.

El humilde y oscuro hilandero de ayer, se ha convertido en el obrero textil de hoy. Ambos son admirables, y a la sabiduría y constancia de sus manos, debemos todos los hombres, en la misma medida, el vestido de la semana y el traje de domingo. A ellos, igualmente, deben las mesas el mantel que las cubre, y las camas el lino que las vuelve nevadas e inocentes. Todas las telas que ondean con el viento, todas las carpas que se agrietan con el huracán, todas



las etaminas que la brisa levanta, todos los delantales que se oscurecen de repente, con la sombra de un pájaro, y asustan a las niñas, son frutos de la textilería, y a los tejedores deben su existencia, su trama, su plenitud y su esplendor.

Los obreros textiles —herederos de toda la sabiduría de sus antepasados, mueven las máquinas y las hacen cantar, mientras las chimeneas tejen coronas de humo, y las telas publican sus propiedades y colores, como un periódico vibrante, cuya noticia más amada, es siempre la del hilo reunido para servir al hombre.

Centenares de seres se dedican a la textilería en todas las ciudades del mundo, y de esta faena rumorosa y hermosa, sacan el pan de cada día y la alegría de merecer el sueño de cada noche. Son reyes en camisa, y los hilos multicolores que gobiernan, con un cetro invisible, que brilla más por sabio que por cetro, forman la seda que acaricia los cuerpos de las novias, y el paño donde se ocultan los abuelos, para protegerse del invierno y aún de la nieve de sus canas.

Los obreros y las máquinas se complementan. Unos y otras, como esposos y esposas, forman la numerosa familia de las telas, y multiplican los colores del mundo. Del matrimonio de los tejedores y las máquinas, brotan telas amarillas, de oro, para la bandera de la patria, y telas azules, como el cielo y el mar, para la misma bandera, y telas rojas, iguales a la sangre, para completar el símbolo más amado. Hijas del mismo matrimonio, son también las telas blancas, las mismas del sudario y la primera comunión, y las telas verdes, las que parecen

hierba, cosida con rocío, en las faldas de las campesinas.

Los obreros textiles realizan un trabajo casi religioso. Así como Dios teje los destinos y las esperanzas de los hombres, ellos tuercen el hilo, hebra por hebra, y convierten la lana de las ovejas, paciente y sabiamente, en cortezas para el árbol humano, en envolturas tibias para el mundo, en calor para los hogares y las cunas de los pequeños. Otro tanto hacen con el algodón. Lo vuelven dulce abrigo, cobijas olorosas a leche y a mañana.

La música de los telares crece por todo el mundo, como si los mismos telares estuvieran haciendo un himno para los tejedores. Hilos de todos los colores se encuentran en los caminos de la tierra, y se tienden las puntas, como manos, para estrecharse fraternalmente y aumentar la alegría de sus padres: los obreros textiles.

los pescadores

MPRE he mirado a los pescadores con inmensa ternura, y he dejado que mis ojos se van tras las redes que lanzan a los ríos y al mar, con la esperanza de acercarme más entrañablemente a sus reinos mojados.

Los pescadores nacen en cunas espumosas. Precisamente donde el agua y la tierra se juntan, se contarse sus secretos y cantar sus canciones ingenuas. Las olas los arrullan, los mecen internamente y los bautizan con sal de sus entrañas y con nombres rudos y hermosos. Desde los primeros años de la vida, desde que sus ojos se abren, los pescadores sienten el amor a la arena, de la palmera, de la brisa yodada, de la pequeña isla que se forma en el centro de un río, y allí espera la compañía de un pájaro o de un naufrago. Cuando se duermen en los abrazos de la madre o de la hamaca, sueñan con soles de oro, con soles que palpitan bajo los

párpados. Crecen en medio de la naturaleza, saludablemente, y una mañana parten a cumplir la primera cita con el destino, y a mirarse en el agua profunda y en las escamas de los peces.

La pesquería es un oficio para hombres duros y limpios, para hombres que no se avergüenzan de la desnudez del cuerpo y el alma. Alma desnuda, justamente, es lo que hay siempre en sus ojos y sus manos de tierra, donde las venas, altas y brotadas, son un canto a la vida.

Ver pescar es como ver amanecer, como ver que los hombres hacen la mañana con el trabajo, con el sudor de la frente, con la espera, que repentinamente es desgarrada por el mordisco de los peces. Las redes se van vacías y regresan llenas de estrellas. Los arpones parten con hambre y vuelven con panes de plata en la boca afilada. Es la mañana, ciertamente, la que salta del agua, gracias al esfuerzo de los pescadores y a su sabiduría. Comida para el mundo es lo que recogen ellos, brasas para vencer la oscuridad. Por las orillas del mar y de los ríos se levanta la luz de las escamas y el viento la propaga por toda la tierra.

Cuánta aptitud en las manos de los pescadores! Cuánta paciencia para hacer su trabajo, desde el momento en que comienzan a tejer las redes, hasta que éstas se llenan, y, pesadamente, vuelven a la superficie. Cada nudo que hacen en la piola, con destreza y con gracia, es como una pequeña fortaleza que levantan para dar su batalla bajo el agua. La canoa que labran en el tronco de un árbol, con golpes que horadan el cielo y a veces estropean el vuelo de los loros y las gaviotas, es siempre un testimonio de su sa-

biduría y de su fuerza. La forma como viven, sencilla y armoniosa, es una lección que nos dan a todos los hombres, de la mañana a la tarde, y que queda escrita en el alma de los poetas con caracteres imborrables. Hasta la sonrisa de los pescadores es original y contagiosa. Si el mundo entero supiese sonreír como ellos, con la misma frescura e inocencia, se acabarían las guerras y los hombres se tenderían las manos por encima de las fronteras.

Pescar es un oficio tan importante y tan hermoso como cualquiera otro. Los pescadores son obreros, seres que ayudan a construir la vida de toda la familia humana, no sólo con espuma y peces palpitantes, sino también con poesía y con canciones. La poesía de ellos es la sombra de sus cuerpos sobre la arena, el silencio que los inunda cuando pescan, cuando esperan una señal para recoger las redes o elevar los anzuelos. Las canciones son sus palabras de todos los días, que de pronto se llenan de música y se desprenden de los labios como frutos maduros.

Es mentira que los pescadores sean perezosos, como a veces suele afirmarse. Todo lo contrario. Su actividad es la misma del mar y de los ríos. Lo que ocurre es que, como el agua, tienen momentos de quietud y de calma. Más estos momentos, interiormente, también son fecundos y laboriosos. Por dentro arden las almas, crecen los pequeños relámpagos de las sardinas, se forman los caminos que conducen a las revelaciones, y cantan las raíces de las algas y los continentes hundidos.

En los parques de todas las ciudades falta la estatua de los pescadores, labrada en los mis-

mos troncos en que ellos fabrican sus barcas, desnuda y coronada por pájaros del mar. Los pescadores merecen esto y mucho más. Merecen que en las escuelas se hable de ellos, más no de cualquier modo, sino con entusiasmo y con amor, para que los niños aprendan a quererlos y a mirarlos como a campeones de la libertad y del trabajo. Al final de este viaje amoro, enciendo una estrella para todos los pescadores del mundo.

la tipografía

EL MUNDO de la tipografía es maravilloso. Dentro de él hay pájaros de plomo que tratan de elevarse, y apenas alcanzan a cantar entre las manos de los tipógrafos.

La tipografía vino a auxiliar a los hombres que construyen países con palabras y aspiran a que sus semejantes los habiten. La tipografía es, ni más ni menos, la realización de un sueño de eternidad. Ella se hizo presente para que no se murieran las canciones en mitad del camino, para que no se perdieran las huellas de la inteligencia bajo la tierra de los cementerios. Los tipógrafos son los más devotos servidores del espíritu, los más útiles y desinteresados amigos de la frente que piensa. Así como los ríos reconocen las estrellas del cielo, una a una, y las ponen sobre sus páginas de agua, los tipógrafos reúnen las letras, una a una también v las no-

nen sobre papeles blancos, más no de cualquier modo, sino en forma ordenada y perdurable.

Dentro de las tipografías hay siempre aire de alumbramiento, luz de parto, expectativa de hombre que espera la llegada de un hijo o de un buque. Allí se escucha el jadeo de la vida reciente. Se siente cuando los pensamientos toman cuerpo y se vuelven hermosos y visibles. Cada palabra que el linotipo atrapa, con su golpe uniforme, con su música terca, se salva de la muerte, o por lo menos asegura para sí una existencia más larga. Los linotipistas, seguros de sí mismos, teclan con ritmo, y ponen un poco de su sangre en el metal, para que los frutos de su trabajo sean humanos y completos.

Desde el momento en que los libros empiezan a nacer, desde que brota la primera hoja, la tipografía hace las veces de paloma y de ala. De paloma mensajera que lleva a todos los rincones del mundo las conquistas de la inteligencia, y de ala que reparte por los ojos de todos los seres, como granos de luz, la poesía y las palabras reveladoras.

Los tipógrafos se enamoran de su trabajo. Hacen de su faena diaria algo más que un esfuerzo habitual. Toman su oficio con cariño, y es así como logran formar un solo cuerpo con las tipografías, con la música de las máquinas impresoras y las manchas de tinta. Se diría que es la sombra de ellos la que queda en las páginas de los libros, minuciosamente ordenada e iluminada desde abajo, desde la raíz de las letras y las palabras. Ver trabajar a los tipógrafos es conmovedor. Dividen el papel en centenares de pedazos nevados, de un solo golpe v



lo hacen con tanta precisión y sabiduría, que el relámpago de la cuchilla se apaga emocionadamente. Arman su mundo sin afán, y, muchas veces, la serenidad que falta a los autores al escribir, les sobra a ellos al hacer su labor artesanal. Más que deslizarse, entre sus manos los rodillos vuelan, y dejan tras sus alas oscuras las primeras imágenes de la edición, los rostros que más tarde darán vida a los personajes de las novelas y las fábulas. Realizan la impresión definitiva con golpes claros y seguros, y es entonces cuando las tipografías suenan triunfalmente, primaveralmente, y empiezan a nacer hojas nuevas y numeradas, cuyo olor es el mismo de la vida y del amanecer.

Después van los tipógrafos a doblar el papel, a coser cuadernillos con hilo o con alambre, a agrupar los capítulos, finalmente, bajo el cielo de la portada. El libro es como un pueblo donde termina el viaje editorial y comienza el camino de los lectores. Gracias, pues, a los tipógrafos, el mundo está lleno de senderos escritos, por donde van los ojos de los hombres a descubrir las luces y los reinos del alma.

Incontables son las batallas que han dado los tipógrafos por la libertad de las naciones, por el mejoramiento del mundo en todos los sentidos. Humildemente, sin ostentación, han ayudado al árbol a crecer, al hombre a construir su propia historia, y al niño a comprender que las naranjas, con sus vestidos amarillos, iluminan las fiestas de los pájaros.

A la tipografía y los tipógrafos deben los escritores parte de su existencia. Si no hubiera prensas y hombres que conocen los secretos de

las mismas y saben multiplicar en el papel los frutos de la frente, sería muy penosa la marcha de los poemas y los himnos, de los relatos y las oraciones, y muchos testimonios humanos se perderían en la sombra, y no alcanzarían a llegar al corazón de los que tienen sed de madrugadas universales.

Para los tipógrafos, pues, el abrazo de todos los hombres, y un sol mucho más grande que el que actualmente alumbría.

la zapatería

L HOMBRE que hizo los primeros zapatos, en un día remoto, del cual ya no es posible recordar casi nada, seguramente tuvo corazón generoso, porque dio albergue a los pies, que estaban cansados de herirse en las piedras de los caminos y fatigados de buscar, inútilmente, protección y morada. Con los primeros zapatos, comenzó la zapatería a hacer las veces de madre de los pies, y a defenderlos del frío y de las asperezas de la tierra. Lentamente los hombres se habituaron a calzarse, y un día los pasos fueron más sonoros y el mundo se llenó de viajes.

La zapatería se fue extendiendo por la tierra como una ola de cuero, pesada y ronca, habitada al principio por la sombra de los animales sacrificados en los bosques, y más tarde por los zapateros y sus frentes inclinadas y sudorosas. La zapatería llegó a los pueblos y a las ciudades, con humildad y sed, pero con la fuerza de las

cosas recién amanecidas, y comenzó a realizar sus sueños y a construir un reino para los pies del hombre. Desde entonces la zapatería fue un oficio más bajo el cielo, y comenzó a convertir en pan y en patria el sudor de los zapateros.

Humana y generosa es la zapatería. Ella nos completa a todos, nos estrecha los pies contra sus cueros nobles y cosidos, y en esta forma nos expresa su amor y nos defiende. Ceñida a las plantas de los cazadores, de los ferroviarios, de los organilleros, de los hombres que venden globos de colores por las calles de las ciudades, marcha hacia el futuro y se interpone, valientemente entre las pisadas y las zarzas, entre las serpientes y los pasos que coronan un monte.

Los zapateros pertenecen al mundo de la más vieja artesanía. Forman una familia numerosa e incansable. Hay entre ellos un remoto parentesco que no se rompe con el paso de los días, ni con las fronteras que se interponen entre los países. Están por encima de las fronteras. Parecen unidos, a través de bosques y mares, por la piola encerada que utilizan para coser la suela de los zapatos. Cada huequecillo que abren con la lezna en el cuero oloroso, los acerca a todos. La unidad de los zapateros está llena de huequecillos y movimientos uniformes. Los chalecos que usan sobre la camisa remangada, o simplemente sobre una franela a rayas rojas, son distintivo de su universo simple y laborioso. Entre esos chalecos hay hombres de carne y hueso que, sin proponérselo, libran una hermosa batalla diaria contra la deshumanización de los oficios. Paternalmente, contra el pecho, estrechan los zapatos que fabrican, y en esta for-



anticipan una caricia a los pies del hombre
tifican su lección de ternura y de humani-

Las calles donde hay un taller de zapatería,
en todo las de los pueblos, tienen un encanto
especial, tienen vida propia, tienen una extra-
fuerza congregante. En las zapaterías hay
siempre picardía, conspiraciones ingenuas, imá-
genes populares, poesía local. Mientras el zapa-
tero hace su oficio, con una puntilla entre sus
dedos apretados, los visitantes, casi siempre ve-
nidos sin trabajo, o clientes que esperan, sim-
plemente, desinflan falsos personajes, pinchán-
dos con una ironía, relatan historias de apa-
y fantasmas, o ponen pedacitos de di-
mita cerca de las columnas que sostienen el
techo.

Los zapateros saben que la vida es dura y
que hay muchas injusticias que dificultan la con-
sumación del pan diario, pero sonríen y golpean.
En la sonrisa iluminan el cuero que trabajan,
con los golpes, en apariencia inofensivos, con-
vuyen a remover la sombra, y a crear las con-
diciones necesarias para que venga un mundo
diferente, lleno de música, de comida y de za-
peros nuevos.

Rebeldes son los zapateros. Su rebeldía es la
de trabajar cotidiano, la del hombre que levanta
gadas fortalezas de cuero, entre los pies y los
cigarros, para que estos últimos no puedan
ruinar los viajes y herir la libertad.

Recordar a los zapateros, a cada paso, con
afecto y con agradecimiento, es hacer justicia a
más fieles amigos de nuestros pies, y for-

talecer la solidaridad humana, sin cuyo concurso no será posible conquistar la armonía total, y despertar la leche que duerme aún en el pecho de la tierra.

Casas para los pies hacen los zapateros. Así es de grande su ternura. Que la mañana los alumbré a todos y les llene las manos de monedas doradas.

los mecánicos

ENDO las máquinas comenzaron a moverse, torpemente, y a balbucir las primeras voces industriales, nacieron los mecánicos, obreros del equilibrio y de la precisión, los súicos de una orquesta progresista, cuyo sonido transforma el mundo desde entonces y multiplica el pan, las telas y las alas.

Desde su nacimiento, los mecánicos marchan al ritmo de la música de las máquinas, y es así como han aprendido a distinguir hasta los más humildes sonidos de su mundo maravilloso, y a palpitar, casi al unísono, con los motores y los tornos. Saben el oído de los mecánicos. Saben escuchar vibraciones más hondas y reconocer a través de ellas, como a través del pulso de un enfermo, más pequeña ulceración de los metales, o el hueso que amenaza con romperse y arruinar la eficiencia de todo un engranaje. Una sola vida forma en las máquinas y los mecánicos, cuando se

juntan en los talleres y las fábricas y ocultan sus rostros verdaderos bajo las manchas del aceite, como para guardar celosamente sus amores y cerrar el paso a la curiosidad de los vecinos.

Cuando se tienden en la tierra, de espaldas, bajo los automóviles y las planchas de hierro, el cielo de los mecánicos es oscuro, estrecho y sudoroso. Golpean hacia arriba con dificultad, empantan los alambres en la sombra, salpican con sangre de sus dedos, muchas veces, la intimidad de las palancas, y al fin encienden la estrella de una sonrisa, donde termina la avería y comienzan a girar, victoriósamente, las ruedas y las brasas interiores.

Defienden los mecánicos una familia férrea y numerosa. Donde el hierro se cansa están presentes. Donde se fatigan los tornillos dejan caer la mano sabia, con el golpe restaurador, con la presión que restituye el vuelo, con el aliento que devuelve a las máquinas su salud y su brillo.

Esperan a los barcos en los muelles, para curarles las heridas que les abren las olas. Esperan a los trenes en las estaciones, como a hijos que vuelven de una guerra, para curarlos también y depositar en las locomotoras y los vagones, una nueva esperanza reparadora y un nuevo deseo de combatir las distancias y los paisajes. Otro tanto hacen con los aviones. Los reciben en los aeropuertos y los hangares, para devolverles las plumas que pierden en el vuelo y revisarlos minuciosamente, hasta en los menores detalles, a fin de que la muerte no los sorprenda en las alturas.

Los mecánicos vigilan siempre, reconstruyen las piezas más complicadas, enderezan las

trillas más tercas, restituyen la música a los organismos más herrumbrosos, y salen de los talleres y las instalaciones industriales, con pleno derecho a poseer el pan y a merecer el respeto y la admiración de sus conciudadanos. Gracias a ellos, los mecánicos, el telar se mueve rítmicamente con el gesto que más conviene a la unidad del país, y los tractores dejan en la tierra su huella labriegos, y abren el camino a los tomates y arrozales.

Puntualmente acuden los mecánicos a la cita con el progreso de los pueblos, y donde quiera que se detienen con sus herramientas y sus golpes innovadores, salta más fuerza para las maquinarias, brota más armonía para las faenas textiles, y se multiplica la confianza en el futuro en la lucha del hombre sobre la tierra.

Las manchas más honradas, aunque resulte poco paradójico, son las de los mecánicos. Las llevan en la cara y en los overoles, en las manos y en las rodillas. El aceite los oscurece, la cabeza hasta los pies, pero esta oscuridad conmovedora, y a la vez testimonio de que están claros por dentro, limpios, útiles y valientes. Brillan bajo el sol, a pesar de que parece que siempre se retrasan para amanecer, y su sillo es el del hombre que trabaja en medio de la noche (en este caso en medio de la mecánica sideral), y a cambio de su esfuerzo recibe un poquito de la luz de los astros.

Una carta de agradecimiento y de amor, para los mecánicos de todo el mundo, podría empezar en la siguiente forma: obreros matinales y nocturnos, esposos de las bielas, de las poleas y válvulas, trabajadores puros, operarios triun-

fantes: somos todos los hombres los que escribimos esta carta, para ustedes, hermanos. Les mandamos un poco de sol en cada letra. Les hacemos llegar nuestro saludo numeroso. Sigardando a las máquinas equilibrio y altura. Nosotros trabajamos con azadas y versos. Mañana juntaremos nuestra fuerza, para hacer la alegría y la unidad del mundo.

la relojería

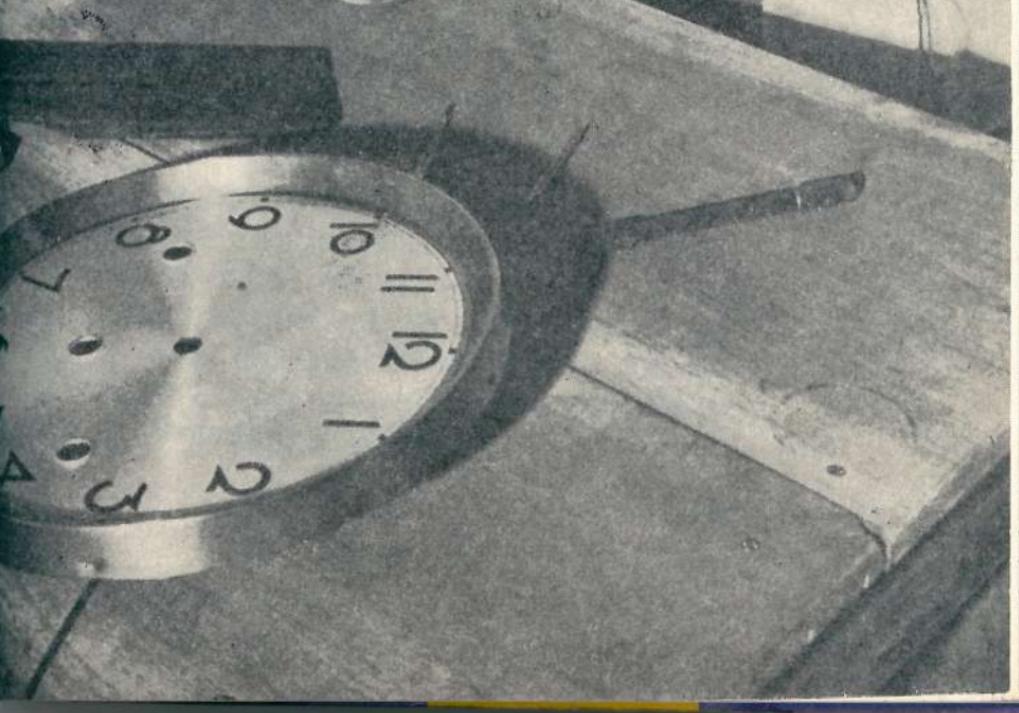
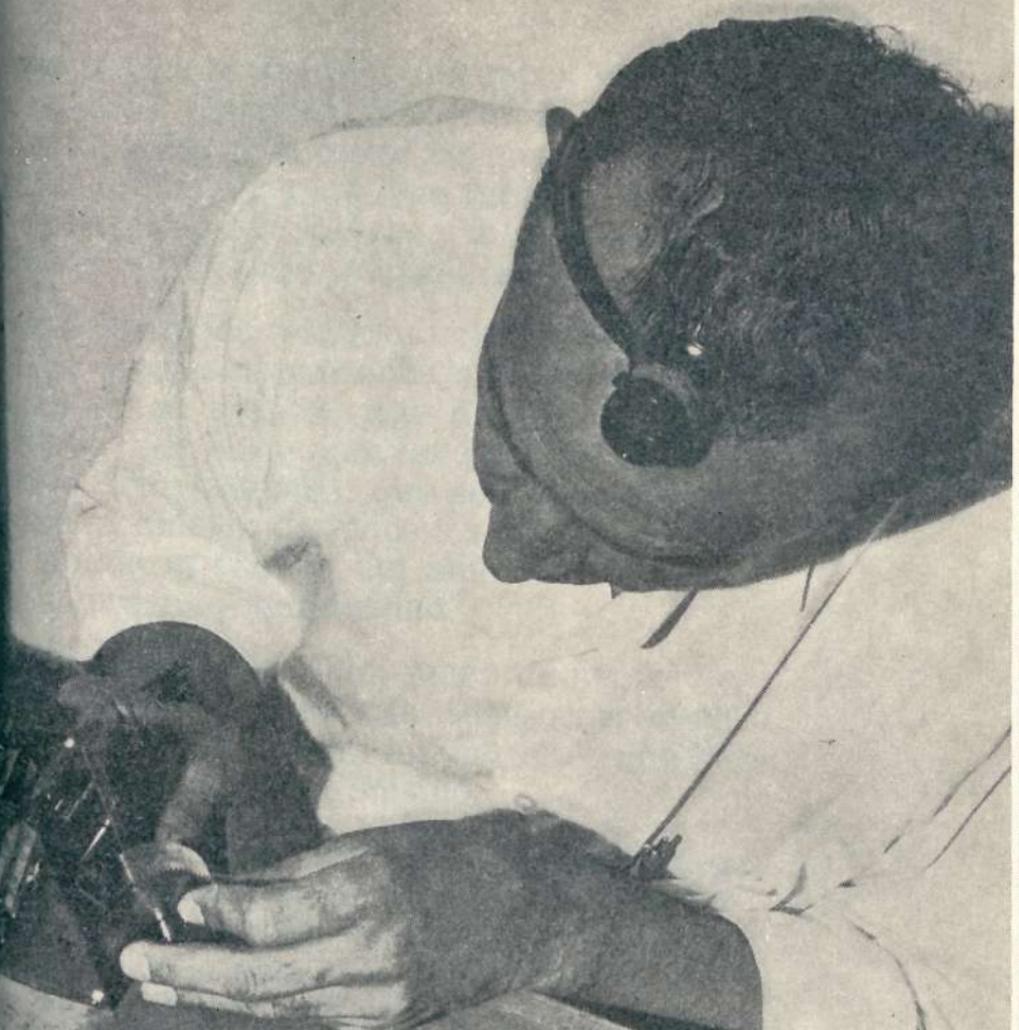
A LIBERTAD del tiempo era absoluta, antes de que la arena, el fuego, el agua, el aceite, empezarán a seguir los pasos del sol, antes de que se pusieran en marcha las pequeñas ruedas de acero que palpitaban entre el mecanismo de los relojes. El tiempo iba libre por el cielo y la tierra, y gastaba las plumas de los pájaros y las hojas de los árboles, sin que nadie pudiera medir con exactitud su trabajo devorador. Los segundos corrían a su antojo por el pecho de los hombres y rompián las fibras que protegen el corazón. Los minutos entraban a las casas como el viento y el aire. Las horas pasaban y no dejaban huellas en el polvo de las calles. Los días, las semanas, los meses y los años, eran inasibles y no tenían espejo. Hasta que llegaron los relojeros a crear una pequeña cárcel para el tiempo: el reloj. Pero la relojería no nació de un sentimiento carcelario, sino del niño

travieso e imaginativo que hay en todo hombre y que inventa juguetes maravillosos, inocentes mentiras, para entretenir e iluminar el mundo.

La relojería fue, pues, y sigue siéndolo, el resultado de una aventura infantil. Las horas, marcadas por punteros, por brazos de metal que giran lentamente, son un testimonio de candidez y poesía. Otra cosa es que este pequeño milagro se utilice a menudo, para aprisionar al hombre y estrecharlo contra la madera de los ataúdes.

De todos modos, los relojeros son niños grandes, aunque ellos no lo adviertan. Los niños más ocupados y más curiosos. Abren los relojes y los miran por dentro, con un ojo encogido y penetrante. Saben poner el oído sobre las piezas mínimas y descifrar la música del segundero, estrechamente emparentada con la palpitación humana. Conocen los secretos de la cuerda y las intimidades del registro. No se cansan de mirar el fondo de los organismos metálicos. Se diría que allí, entre las esferas menores y las vibraciones de las mismas, se ha perdido un granito de sol, y que los relojeros lo buscan sin afán y con sabiduría, para restituírlo a su dueño y completar la luz del mundo.

Los relojeros trabajan en silencio. El silencio es el clima que más conviene a su labor. Detrás de sus vitrinas, y mientras en la calle suena el violín de los ciegos y el grito de los voceadores de prensa, callan y aceitan los relojes que se detienen, para que los punteros reanuden su viaje sin tropiezos y puedan saludar desde arriba, desde las doce en punto, el pueblo de los números. Cuando alguien llega a sus mesas de trabajo,



as de pinzas y tornillos menudos, se levantan y esperan. Después toman el reloj que se pasa o adelanta, y lo tocan apenas, en un sitio sible y profundo, para que recobre su equilibrio y permita a los obreros y a los oficinistas, cumplir con su trabajo puntualmente.

Por la tarde los relojeros salen fatigados de talleres y con arrugas debajo de los ojos, permanentemente en el sitio en que apoyan el vidrio y el metal. Las horas que las iglesias dan ruidosamente, les recuerdan que son ellos los que guardan la música de todos los relojes, y ellos que miden el tiempo del amor, de la siembra de la cosecha y la felicidad.

Todos participamos del juego de los relojeros. Todos somos un poco infantiles, y los buscamos para que nos arreglen los juguetes que llevamos en el brazo o en el bolsillo.

En las relojerías, como en todos los sitios donde se trabaja con las manos, hay mucha humedad y mucha poesía. No marchan los relojes, permanentemente, con la ayuda de la cuerda y el aceite. También lo hacen con el impulso de la sangre y el sudor que dejan los relojeros entre la máquina minúscula. La poesía es la persecución del tiempo, el asombro ante las horas que fluyen fugazmente en los tallos de los relojes.

Tan útil como hermoso es el trabajo de los relojeros. El pan que ganan estos hombres es limpio y es honrado. Ellos están presentes en las fiestas, para que los trenes partan a la hora indicada, y son los que recuerdan a los niños a mañana y tarde, que los espera el mapa de la patria, el maestro y el libro.

los soldadores

ANDO el mundo abre sus ojos y la mañana
vita a los hombres a trabajar, a poner en or-
en el lecho y el alma, para volver, una vez
as, a las calles y los talleres, los soldadores se
corporan a las primeras filas del progreso, y
lado de los otros obreros, marchan con un
ruido matinal y metálico. Más tarde inician
faena en astilleros, fábricas, oleoductos, tra-
ches, y desdoblan su bandera de fuego y de
espas azules.

Los soldadores son los hijos del sol y los me-
ses derretidos. Cuando se inclinan para hacer
faena brillan intensamente, como si su na-
turalidad, sensible a todos los movimientos, res-
pondiera a éstos con resplandores. Asimismo,
cuando atacan con los sopletes los materiales que
utilizan para soldar, parece que son ellos los
que se deshacen con el calor, los que donan la
sangre y la saliva, en forma espesa y humean-

te, para unir eslabones o atar planchas de hierro.

Todos los hemos visto trabajar, con sus extrañas máscaras de habitantes de otros mundos, con sus guantes oscuros y tercos, con un chorro de estrellas sobre la cara y una corona de sudor en la frente. Maravilloso es el espectáculo que ofrecen en medio de la lucha diaria. En las aceras y las puertas de los talleres, o en los flancos de los edificios en construcción, los soldadores hacen incendios fabulosos, elevan su pirotecnia progresista, y unen con lazos de fuego las armazones metálicas, hasta convertirlas en un solo cuerpo, en un solo sonido de las minas y de los hombres.

Grandes y fuertes son las manos de los soldadores. El calor las dilata, el esfuerzo las brota de venas, el deseo de crear riqueza para el mundo las llena de relámpagos. Donde ellos trabajan la luz es abundante, la noche es impotente, y congregante la temperatura, la fuerza que unifica la materia y vertebral los buques y los trenes. En las manos de los soldadores la unidad tiene su imperio, el ensamblaje tiene su trono más hermoso, y el sol su testimonio más ardiente. El oficio de soldar es tal vez el más luminoso de los oficios, y el más emparentado con el símbolo de la claridad que se desprende del trabajo, no solo para quien lo realiza, sino para toda la humanidad. Porque es cosa cierta que, cuando los soldadores lamen el mundo con sus lenguas de fuego y lo aderezan con sus chispas, alcanzan a los seres más remotos y más oscuros. Inclusive a aquellos que no han nacido, que crecen en los vientres de las madres, y vendrán a poblar los días del futuro.



Hermoso es aprender el oficio de soldador, enseñar a las manos a coser los metales con un hilo caliente, hasta que las partes se estrechen y se fundan, hasta que se expresen en un mismo lenguaje mineral y empiecen a cantar la canción del progreso. Hermoso, igualmente, es adquirir pericia y sabiduría de soldador, agotar los recursos y posibilidades de este oficio, y sentir que la luz se agolpa entre las manos, y reclama para sí la oportunidad de ser útil a la técnica, a la belleza mecánica, a los sueños y las realizaciones de los hombres.

En todos los caminos del progreso, y firmemente impuestas, aparecen las huellas de los soldadores. Estos seres trabajan luminosamente, y el rastro de sus manos, aglutinante y redentor, va desde las ollas que remiendan en los zaguates de las casas, bajo las miradas de los niños, hasta las construcciones gigantescas que, gracias a ellos, tienen alma metálica, costillares unidos fuertemente, y capaces de sostener el peso de las piedras, de la madera, de las campanas y los pájaros.

Parece que los soldadores, desde el momento en que nacieron como tales y empuñaron las herramientas de trabajo, resolvieron, de común acuerdo, servir a la unidad de los metales, cerrar las heridas del acero, acercar los anillos de los trompos, agrupar las familias de hojalata, llevar la armonía, en una palabra, hasta la plenitud, hasta la cima de las orquestas industriales y las frentes humanas. Donde se rompe el eje de las máquinas o se niegan a juntarse los estambres de plomo, los soldadores se hacen presentes y vierten su amalgama, en me-

dio de salarios y de luces, para restaurar el movimiento y establecer alianzas generosas entre las piezas rotas por el uso. Así realizan su tarea y fortalecen las esperanzas de los pobres y la salud del mundo.

Por la noche, los soldadores arden como estrellas, como planetas que taladran la oscuridad, para que llegue pronto la mañana, a poner una gota de rocío sobre la cresta de los gallos, y una brizna de sol sobre la frente de los hombres.

los meseros

EL TRABAJO de los hombres y las mujeres que tienden los manteles, y llevan a las mesas el rostro de los platos, el agua y el pan, la sal y los floreros, es un trabajo humilde, pero no por ello menos digno y hermoso que los otros trabajos. Meseros se les dice comúnmente, y está bien este nombre, porque las mesas son el escenario donde se mueven sus manos, el campo donde siembran su grano de amor, el sitio donde se hacen presentes para servir a sus semejantes.

En hoteles, restaurantes, clubes y bares, los meseros y las meseras hacen su oficio, lo mismo en la mañana que en la tarde, lo mismo en el comienzo de la noche que en los finales de la misma. En los comedores encienden las luces, desdoblan los manteles de almidón, acercan los taburetes a la mesa, sacan lumbre a la mejilla de la cuchara, ponen en cada puesto tenedor y cuchillo, y, más tarde, cuando llegan los comen-

sales, sirven la comida humeante, vale decir, la sangre que prolonga la vida, y lo hacen con sabiduría y equilibrio. Los platos viajan en las manos y aún en los brazos, como en alas y cuñas, y dejan en el aire el olor de la harina y la pimienta.

En los bares trabajan con la misma eficacia. Gobiernan las botellas y los vasos con movimientos casi milagrosos, y hay momentos en que aquello parece un espectáculo de circo, una fiesta de equilibristas y de magos. Mientras los hombres hablan, fuman o meditan, los meseros y las meseras, laboriosamente, van y vienen por entre las mesas, con una sonrisa en los labios, si acaso hay alegría en sus corazones, y con regalos espumosos para todos los clientes.

Duro es este trabajo, sobre todo cuando crece la noche, cuando el humo de los cigarrillos se agolpa en el ambiente, y la embriaguez comienza a deformar los rostros y las almas. Es entonces cuando los meseros tienen que multiplicar sus esfuerzos, no solo para impedir que las botellas pierdan su equilibrio, sino también para guardar la calma y la serenidad, ante reproches injustos, caprichos, agresiones y burlas. En estas horas el trabajo de los meseros se convierte en algo parecido a una batalla, de la cual, por fortuna, casi siempre salen victoriosos, pues el alcohol derriba a los ebrios y son ellos los únicos que quedan en pie, para tender la mano a la mañana y recibir el sol.

El oficio de los meseros, como cualquier otro trabajo, requiere condiciones, aptitudes, esfuerzos. Se aprende paso a paso. Necesita maestros. Se perfecciona con la práctica, con el amor, con

l deseo de servir a la comunidad. No es fácil conducir por el aire, con gracia y propiedad, una bandeja llena de cristales labrados y licores añejos. No es fácil tampoco, retener nombres de manjares y vinos, y doblar servilletas, hasta darse forma de paloma o de buque. Se necesita empeño para esto, pericia en las manos y bondad en el corazón.

Los solitarios de los bares, los forasteros y los hombres que pierden sus fortunas y sus amores, deben a los meseros un poco de compañía, de calor humano, de comprensión y de hermandad. El solo hecho de que haya alguien que acude a un golpe de las manos, en los momentos de amargura, es ya el principio de una resurrección, de una nueva alianza con la vida. Las pocas palabras que el solitario cruza con el mesero o la mesera, son suficientes para devolver al alma un poquito del fuego que parecía extinguido para siempre. La propina que se da en estos casos, con larguezas, no es más que un secreto deseo de pagar el amor y estrechar los vínculos humanos. Gracias, pues, para los meseros y las meseras, en nombre de los abatidos de todo el mundo. Gracias, porque ayudan a remover el abatimiento y a recobrar la confianza en el hombre.

Llegan a los sitios donde trabajan y se ponen un saco blanco, antes de iniciar la faena, si son hombres y un delantal si son mujeres. Parecen incansables. Van de mesa en mesa con pedidos y cartas. Desaparecen de repente en el fondo de los salones, bajo cortinas ahumadas, y retornan con lunas en las manos abiertas, con estrellas que huelen a pan fresco, con ángeles de

harina y con torres de azúcar. Cuando se van los clientes, se sientan ellos y ellas en torno de las mesas, y hablan de sus asuntos: de los hijos menores, del domingo con sol y con vestido nuevo, de la vida, en suma, mientras las cafeteras, tras de los vidrios sudorosos, construyen sus burbujas y su fragancia.

Un plato azul y gigantesco, con golondrinas dibujadas, es el cielo de los meseros, y el amor que les falta es este esfuerzo de las palabras por reconocerlos y rescatarlos emocionadamente. Hacia ellos se inclina la blancura de los manteleros y les dice al oído: pastores de mis predios, reyes de mis praderas nevadas y cosidas.

la agricultura

ORA vamos a cerrar los ojos y a pensar en la agricultura. En esta forma podemos ver el campo reflejado en la sangre: todo es verde. Mientras donde los surcos recién abiertos reciben las semillas. Allí se alcanza a ver la tierra levantada, herida por la reja del arado. El cielo es echo arriba y los pájaros dejan caer su sombra sobre los rostros de los agricultores, sobre sus frentes sudorosas. Abajo brotan hojas, se arrancan los tallos, con un suave impulso de las uvas, y las abejas vuelan sobre frutas maduras. El viento estrecha las cosechas contra ellas mismas y confirma la hermandad de los racimos. Un fuerte olor a musgo se desliza hasta la alma, y parece que fuéramos a florecer y a engrarnos por dentro de luces vegetales.

La agricultura es como la mano de Dios, abierta y llena de mazorcas. Los surcos son como

las líneas de esa mano infinita. Nace la agricultura cuando el cielo y la tierra se besan, cuando las espigas se levantan y encienden sus granos de oro, para alumbrar el camino del pan. Las parcelas responden a los hombres que las llaman con golpes de azadón. Las respuestas son lentas pero jugosas y abundantes. Los poetas saben oír las savias que suben por los tallos. Los agricultores son poetas. Se acercan a sus sembrados y escuchan el rumor de las yemas y de los zumos que se forman. Ellos entienden el lenguaje de las plantas, y lo traducen y descifran.

La agricultura no se cansa de dar frutos y de elevarlos hasta la boca de los hombres. Desde el principio del mundo la tierra es generosa y derrama sus dones en plazas y mercados. Bajo los árboles más viejos, las naranjas reparten sus luces amarillas y entregan su dulzura. Otro tanto hacen los tomates de púrpura y las cebollas de vidrio. Tierra en traje de fiesta son las piñas maduras. Agricultura es todo lo que el suelo produce, con la ayuda del sol y de la lluvia, con el esfuerzo de los bueyes y el sudor de los pobres.

Arrugadas y duras son las frentes de los labriegos. Arrugadas de pensar surcos y duras de tanto batallar con el invierno y el verano. Los labriegos parecen robles. Así son de sencillos y de sabios. Parecen también montes, tierras altas que sufren y respiran. Van al trabajo, a la



na diaria, con unos pasos anchos y seguros. Van el horizonte desde el sitio en que siempre sueñan con el mar, pero con un mar verde donde los peces tiemblan como hojas de plata.

Por la mañana los labriegos brillan. Sus rostros se multiplican en las gotas de rocío que bañan el campo. Durante todo el día el sol les calma las espaldas y les destiñe las franelas y pañuelos de azafrán. Por la tarde regresan sus ranchos, con las herramientas en los hompes. Brillan otra vez. Se apagan con el humo las cocinas, que es como un anticipo de la noche. Duermen en lechos toscos, fabricados por ellos mismos, y sueñan que sus venas son caños azules, por donde viene el trigo a reunirse en las gavillas, y el algodón se acerca humildemente.

Fecunda y reparadora es la noche de los labriegos. Es justo que así sea. Ellos son los que asan las cosechas que alimentan el mundo. Sin embargo, la paz se les niega muchas veces. Hay días que los persiguen y les quitan la vida, precisamente en el momento en que la patria los necesita. Matar a los agricultores es un crimen imperdonable y numeroso. Es tanto cerrar los ojos a los arrozales, para que pierdan el camino y no puedan acercarse a las mesas con sus regalos blancos.

Quien quiera recobrar sus virtudes originales y sentirse cerca del paraíso, que acuda a los

brazos de la agricultura, que se deje acariciar por las hojas de los platanales, por el aliento de las lechugas y las zanahorias. En medio de los campos florecidos comienza la inocencia y se abre la puerta de las revelaciones entrañables.

Buenas tardes, labriegos de todo el mundo. Termina esta canción cuando empieza a morir el día. Buenas tardes, amigos, y que salgáis más grandes de la noche que viene. Más grandes y más verdes, y con la certidumbre de que el futuro es vuestro.

la herrería

Una chispa roja es el corazón de los herre-
de los hombres que doblan y pulen el hie-
ron golpes de martillo, y llenan la tierra de
aneceres clamorosos.

La herrería es oficio de seres corpulentos y
artes. Desde la infancia pensamos en los herre-
como en gigantes iluminados por el resplan-
de las fraguas. En muchos cuentos infantiles
se oye la respiración y el jadeo de estos ro-
s, y se vislumbran las pausas que hacen en
ad del trabajo, para enjugarse el sudor de
frente, o pensar en un río que acaricia las
llas de un pueblo.

Amorosa y valientemente, los herreros se en-
tancan a la dureza del hierro. Este resiste con
quedad, responde con pequeños relámpagos
as manos que tratan de domarlo, de darle for-
s útiles y honradas, pero al fin se somete, y

es así como nacen las rejas del arado, las palas y las azadas, el alma de las fortificaciones y el cinturón de los jardines y los parques.

Las herrerías y los herreros están entrañablemente unidos al progreso de las naciones, al esfuerzo que hace la humanidad por superarse, tendiendo puentes sobre los ríos, fabricando edificios para alojar en ellos el amor y la vida, removiendo las piedras que cierran a los trenes su camino de hierro, y fortaleciendo el esqueleto de los teatros y los muelles. Dondequiera que el progreso aparece, están los herreros y su faena fragorosa. Todo el rocío de los amaneceres tiembla con los golpes de estos héroes del trabajo, y con los mismos golpes muchas flores se abren en los tallos.

Los buques deben a los herreros parte de su fortaleza y eficacia, y hay campanas de hierro, porque un día los herreros las forjaron, por encargo de la comunidad, para llamar a Dios desde las torres de las iglesias. También a ellos deben los clavos su cabeza y su índole penetrante, y las herraduras su coraje y su música.

En el mandil de los herreros quedan las huellas de su lucha diaria. Allí hay estrellas apagadas, quemaduras en forma de barrote, manchas de humo y de ceniza, y un olor de batalla que no da tregua al brazo ni a la frente inclinada. Desde las calles y las plazas de los pueblos se oye el chisporroteo de las fraguas, y se ven los puntos de candela que se van con el viento y la fragancia de las rosas.

Las aldeas expresan su vitalidad, su fuerza reciente y ambiciosa, a través del herrero y su

faena cotidiana. Cada golpe en el yunque es una promesa, una invitación a florecer, una esperanza impersonal, algo que se desprende de la vida de todos, y a todos estimula y fortalece.

Cantar a los herreros es difícil, porque cualquier voz, así sea la más entusiasta y saludable, será siempre inferior al sonido de la herrería, y menos fecunda que el trabajo que allí se realiza. Sin embargo, es posible dejar en el papel, a manera de modesto homenaje, unas cuantas palabras de reconocimiento, para los que trabajan y someten el hierro.

Estas son las palabras: luchadores anónimos, hombres de piedra y sangre huracanada, sonoros vencedores de las dificultades, rudos obreros purificados por el fuego. Un día vuestras manos romperán las cadenas que esclavizan al hombre, y con el hierro de los eslabones forjarán la mañana, la paz y la abundancia.

los lustrabotas

C

OMO cantar a los lustrabotas, con la misma sencillez y con el mismo brillo con que ellos realizan su trabajo? Cómo elevarlos un poco desde el suelo, desde el sitio donde se inclinan sobre los zapatos, para que sientan, aunque sea un momento, el aliento del cielo y la caricia de las nubes? Cómo hacerles justicia? Cómo hacerles un espacio más ancho en el mundo? Cómo, en suma, llamar la atención sobre su presencia, que a pesar de ser viva y abultada, casi siempre se escapa a las palabras amorosas y al reconocimiento que merece?

La mejor manera de llegar a los lustrabotas, más no en solicitud de sus servicios, sino con ánimo de albergarlos en el corazón, es la del afecto a que se han hecho acreedores, a través de su lucha diaria, que todos conocemos y que representa, por así decirlo, buena parte del brillo de la vida.

Devolver al zapato su esplendor, perdido en los caminos y las calles, en la búsqueda del pan y la persecución de los sueños, es un oficio humilde, ciertamente, pero hermoso y necesario. En la faena de los lustrabotas hay mucha poesía. Llevan una llama invisible por el mundo, para alumbrar con ella, no solamente el cuero que se oscurece con el uso, sino también el alma que se empaña con el dolor. Cada golpe que dan sobre los pies calzados, con pericia y con música, para que brote la claridad, para hacer la mañana sobre la piel de los zapatos, alcanza también al espíritu, y es así como todos nos sentimos un poco iluminados, interiormente, cuando crece el verano de los lustrabotas y el cielo se refleja en los espejos que producen.

Todos los hemos visto trabajar, sacar el barro con un trapo húmedo, llevar hasta las últimas costuras los dedos engrasados, cepillar las orillas del zapato, frotar el paño contra el cuero rebelde, y acompañar estos actos sencillos y generosos, con ausencias o con palabras, según sean amigos del silencio o de la confidencia. De todos modos, unos y otros, los callados y los parlanchines, pertenecen a una misma familia laboriosa, cuyo distintivo es el sol, y cuya residencia abarca todos los rincones del mundo.

Porque lo cierto es que no hay ciudad donde no canten, ni estación donde no esperen a los viajeros, con su caja de madera bajo el brazo, para devolver a los zapatos empolvados la fe en la juventud, y la certidumbre de que no conservarán eternamente el barro de los caminos.

Cuando los lustrabotas se inclinan sobre nuestros pies, deberíamos sentir un poco de ver-



güenza, y pensar que tal vez no merecemos la postura indicada. La verdad es que muchas veces son ellos, los lustrabotas, aparentemente humillados, prosternados, más altos que los clientes más altos, aunque las apariencias indiquen lo contrario.

La grandeza de los lustrabotas es su espléndida pequeñez, la forma luminosa y humana como hacen la vida y el trabajo de todos los días, el estoicismo con que reciben el invierno, —el cual les quita clientes y esperanzas— la inocencia y la sabiduría con que comentan los hechos políticos, los avances de la técnica, las películas de pistoleros, la presencia de los circos en las ciudades, y aún el poema confuso que aparece en el periódico, y que los hace protestar a su manera —con un chispazo rudo y bello—, o simplemente sonreír en forma elemental.

En los bares, en las esquinas, en los atrios de las iglesias y en los parques, tienen los lustrabotas sus raíces, si así pueden llamarse sus pequeños bancos de madera. Muy pocas personas entienden lo que verdaderamente hacen y lo que ciertamente esperan: hacen retroceder la oscuridad del cuero que cubre los pies, y la sustituyen por resplandores hondos y por fogatas suaves. Esperan a alguien que los ocupe y les de la oportunidad de propagar su luz, de zapato en zapato, hasta que toda la tierra sea una hoguera dulce y habitable.

Pidamos todos al sol, sencillamente, que no niegue nunca su luz a los lustrabotas. Así, como hablando con alguien que viene a visitarnos diariamente: son tus hijos, amigo sol. En sus cajoncitos de madera, mételes diariamente un po-

co de tu fuerza, una chispa siquiera de tu poder y de tu incendio. No permitas que se apaguen nunca, porque si así llegase a ocurrir, todos nos oscureceríamos un poco y los pasos no volverían a brillar. Somos todos los hombres los que así te hablamos, amigo sol. Así expresamos nuestro afecto por los lustrabotas, tus hijos, y contribuimos, pobemente, pero con amor, a que ellos sean felices, y a que su trabajo aumente los resplandores de este mundo.

índice

Los pintores	7
Los periodistas	13
Las costureras	19
Las relaciones públicas	25
Los maquinistas	31
Los torneros	37
Los estibadores	41
Los talabarteros	47
Los barrenderos	51
La albañilería	57
Los marineros	63
La panadería	67
Los celadores	73
La peluquería	77
La sastrería	83
Los choferes	89
La juguetería	95
Los ascensoristas	101

Los electricistas	107
La alfarería	113
La minería	119
Los tejedores	123
Los pescadores	129
La tipografía	133
La zapatería	139
Los mecánicos	145
La relojería	149
Los soldadores	155
Los meseros	161
La agricultura	165
La herrería	171
Los lustrabotas	175

*Esta obra fué fotografiada, montada e impresa
por los Trabajadores alumnos y Técnicos Medios
del Centro Nacional de Artes Gráficas, en
Marzo de 1972
Bogotá - Colombia*

SENA

Artes Gráficas

